

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica

1930

Sábado 19 de Abril

Núm. 15

Año XI. No. 487

SUMARIO

De la filosofía de los Evangelios..... Leopoldo Lugones
Líneas aforísticas..... Paco Amighetti
Doña Carmen de Burgos..... Max Jiménez
Poesías..... Agustín Acosta
Bolívar y el cronista Calancha..... Ricardo Palma
Un escritor mexicano y don Joaquín García Monge..... Octavio Jiménez
Manuel B. Cossio..... L. Luzuriaga y Enrique
Diez-Canedo

Quijano Mantilla, un peregrino apasionado..... Leopoldo Gil Jaramillo
La quebrada de La Alegría..... Joaquín Quijano Mantilla
José Pilsudski..... Teodoro Picado
La superstición del grande hombre..... Juan del Camino
De la escuela, del maestro y del material de enseñanza..... Manuel B. Cossio
Calendario..... Alberto Gerchunoff
Tablero (1930).....

De la filosofía de los Evangelios

=Del precioso libro *Filosoficala*. Editorial BABEL. Buenos Aires. 1924=

Jesús y la Samaritana

...la *femminetta Sammaritana*...

Dante.—*Purg.* XXI

Cuando la samaritana se retiró del pozo, después que diera de beber a Jesús, una mujer que todo lo había visto, le dijo:

—¿Cómo le has dado de beber siendo judío?

La samaritana respondió:

—Es hermoso y joven. Además habla muy bien y me ha dicho: «al que bebiere del agua que yo le dé, se le quitará la sed para siempre.»

Y la otra pensó:

—Entonces esta mujer que ha tenido cinco maridos y ahora un amante, ¿es insaciable?...

El libre albedrío

Mientras Jesús caminaba con la cruz a cuestas por la calle de la Amargura, un hombre, demostrando más saña que los otros, lo escupía.

Alguien, reconociéndolo, le dijo:

—Pues qué: ¿no eres tú el baldado de la piscina?

El interpelado respondió:

—Ciertamente; pero yo no he perdido mi libertad de pensar; y como creo que este hombre es perjudicial para mi patria, sacrifico mi gratitud a mi patriotismo.

El dueño de la pollina

Cuando Jesús decidió entrar a Jerusalem, como sintiéndose fatigado de la marcha que hacía desde Jericó, por ser áspero, aunque corto, el camino, mandó a sus discípulos en busca de la pollina, según lo refiere Mateo:

«Diciéndoles, id a la aldea que está ante vosotros, y luego hallaréis una burra atada con su borrico. Desatadla y traédmelos. Y si alguien se opone, respondedle: el rabí los necesita. Y al punto los dejará».—(Cap. XXI, vers. 2 y 3).

Nadie había junto a la pareja de asnos; mas esa noche, cuando Jesús, des-

pués de hacer su entrada en Jerusalem, fué a dormir a Betania, el dueño acudió por lo suyo.

Y reclamaba el alquiler de la cabalgadura, reprochando a la vez:

—Cómo has podido, rabí, apropiarte del bien ajeno? La pollina estaba en mi campo, atada a una estaca que yo planté, habiéndola cortado de un árbol de mi heredad. Pero lo hecho, hecho está. Abóname solamente el precio del viaje, que la burra es acémila de alquiler.

Jesús le repuso:

—Estaba fatigado de andar, y por eso tomé la pollina. Tú reposabas mientras tanto, satisfecho, a la sombra.

Pues el rabí nunca supo ni practicó el sentido de las palabras «cobrar» y «pagar», ni tocó jamás moneda alguna. Porque así no perdieran la pureza sus bienhechoras manos.

Mas el otro se obstinó:

—Tu cansancio no me atañe. Yo sólo sé que la jumenta es mía.

Y Jesús, dulcemente:

—En verdad te digo que las cosas de este mundo no tienen sino un propietario, y que éste se llama *Necesidad*. En aquel momento, ni tú ni yo éramos dueños de la burra. El dueño era mi cansancio. Y desde el principio de los tiempos, el cansancio fué el domador que adiestró a las cabalgaduras para su servicio.

Con lo que el dueño de la burra se fué a clamar contra Jesús, acusándolo de fomentar a los ladrones.

Prefirió al reino de los cielos, que habríale abierto su generosidad, la posesión de una acémila de alquiler.

Y pudiendo disfrutar del infinito amor en que el reino de los cielos consiste, se quedó con el Reino de lo Suyo, que tenía por límites una cola y dos orejas de asno.

El espíritu nuevo

En un barrio mal afamado de Jafa, cierto discípulo anónimo de Jesús, disputaba con las cortesanas.

—La Magdalena se ha enamorado del rabí—dijo una.

—Su amor es divino—replicó el hombre.

—Divino?... ¿Me negarás que adora sus cabellos blondos, sus ojos profundos, su sangre real, su saber misterioso, su dominio sobre las gentes—su belleza, en fin?

—No cabe duda; pero lo ama sin esperanza, y por esto es divino su amor.

La dicha de vivir

Poco antes de la oración en el huerto, un hombre tristísimo que había ido para ver a Jesús, conversaba con Felipe, mientras concluía de orar el Maestro.

—Yo soy el resucitado de Naím—dijo el hombre.—Antes de mi muerte, me regocijaba con el vino, holgaba con las mujeres, festejaba con mis amigos, prodigaba joyas y me recreaba en la música. Hijo único, la fortuna de mi madre viuda era mía tan sólo. Ahora nada de eso puedo; mi vida es un páramo. A qué debo atribuirlo?

—Es que cuando el Maestro resucita a alguno, asume todos sus pecados—respondió el apóstol.—Es como si aquél volviese a nacer en la pureza del párvulo.

—Así lo creía y por eso vengo.

—Qué podrías pedirle, habiéndote devuelto la vida?

—Que me devuelva mis pecados—suspiró el hombre.

El reino de los cielos

Como los discípulos comentaran la diferente actitud de Marta y de María, las hermanas de Lázaro, cuando Jesús paró en la choza fraternal, en Betania, y la primera se fué a prepararle la comida con grande afán, mientras la segunda se quedó adentro contemplándolo, el Maestro les dijo:

—A ninguna prefiero, según creéis. Pues en cada una está el reino de los cielos. Y es que cada una se muestra conmigo infinitamente generosa de lo suyo. María me da su alma, que es todo lo que tiene, en la mirada de sus ojos. Marta me da su trabajo, que es también todo cuanto posee, en el aderezo de su cocina. Veo lo mismo el reino de los cielos en los lípidos ojos de María que en el fregado cuenco de la escudilla de Marta. Y ellas lo encuentran, a su vez, en lo único que posee el Hijo del Hom-

bre, que es la bondad total para con ellas. Así no hay entre nosotros mío ni tuyo. Y dándolo todo, lo poseemos todo. Quien se da sin tasa, es el único que posee absolutamente.

—Qué es, entonces, Maestro, el Reino de los Cielos?—preguntó Juan.

—El infinito amor, sin deseo ni recompensa.

La culpa suprema

Conducido Jesús ante el consejo de escribas y ancianos que presidía Caifás, no hubo testigos que declarasen en su contra. Apenas un fanático afirmó haberle oído decir que era capaz de destruir y reedificar el templo en tres días. Imputación necia a la cual el reo no se dignó contestar.

Ya iban a absolverlo en la deliberación subsiguiente, cuando uno de los escribas que era a la vez concesionario de las pesquerías en el lago de Genezaret, donde Jesús multiplicó los peces, lanzó contra él una acusación terrible:

—Nadie lo ha visto nunca comprar ni vender, como hacen los hombres honrados.

Era cierto. Jesús no había comprado ni vendido nunca la cosa más insignificante.

—Será, entonces, un ladrón?—preguntó alguno.

—No; porque los ladrones venden lo que roban.

—Un mendigo vagabundo?

—No; porque los mendigos piden limosna y éste nunca ha pedido.

—Cómo! ¡ni siquiera ha pedido!

—Nunca. Desprecia el dinero. No lo ha tocado jamás.

—Jamás?

—En efecto; ni cuando hubo de pagar el censo al César. Mandó a su discípulo Pedro que oblara por él, extrayendo la moneda necesaria de la boca de un pescado de mis pesquerías. Lo cual agrega a su delito, la magia.

—Pero qué delito?

—El de no haber jamás comprado ni vendido.

Entonces los ancianos y escribas, meditaron. Un hombre que no compraba ni vendía, no era ciertamente ladrón, ni mendigo, ni cometía delito alguno con ello. Pero no podía ser hombre honrado, porque todos los hombres honrados compran y venden.

Y como no podía ser hombre honrado, condenáronlo al suplicio, volviendo así por el principio de simetría moral, que aquel extraño violaba.

No hubo allí ningún psiquiatra que lo declarara irresponsable como anormal.

El amor culpable

Cierto día visitó a Jesús un hombre profundamente decaído.

—Señor, le dijo, quejándose, yo soy el marido de la adúltera que perdonaste. Hiciste mal, Señor, porque no ha escarmentado. Sigue faltándome, y héteme aquí cubierto de oprobio ante los vecinos.

—Tanto la amabas, respondió Jesús, que si dejó ejecutarse la sentencia, nunca me lo habrías perdonado.

El hombre bajó la cabeza.

—Ciertamente, murmuró luego; pero sigue pecando, Señor, y es menester castigarla.

—Puedes hacerlo sin faltar a la ley.

—Ya lo intenté, Señor, pero no pude. Conforme a tus palabras de aquel día, mis pecados impidieronme tirarle la primera piedra. Y como tú eres, Señor, el único viviente sin pecado, vengo a pedirte que lo hagas en justicia.

—Mal recurres a mí. El estado de pureza lleva la bondad a tal perfección, que todas las cosas se conaturalizan con el puro. Y así, basta que yo toque las piedras, para que tomen la misma blandura de mi carne.

—Su castigo es justo, insistió el hombre.

—Lo que en ti tiene razón, concluyó el Maestro, es el cariño que perdona, no el agravio que reclama. Vete contento con tu debilidad. El amor culpable es todavía mejor que el más justo de los castigos.

Jesús y el ateo

Cierta vez que Jesús iba por los caminos, engrosaron su comitiva cuatro transeúntes que se interesaron en las palabras del rabí. Eran arrieros de las sendas, a quienes allegaba esa ingenua confianza que ponen los ignorantes en la suavidad y en la sencillez.

Y habiendo preguntado Jesús al primero si creía en Dios, y cómo apreciaba su potestad sobre los hombres, respondió aquél:

—Creo en Dios, y sé que es infinitamente poderoso, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente justo. Como es infinitamente poderoso, podrá salvarme por su solo querer, aun cuando sea yo el peor de los hombres, y condenar al más virtuoso, de acuerdo con su voluntad inescrutable. Así, mi actitud ante su omnipotencia, es una absoluta humillación. Y quien no lo crea, será un malvado.

—Tienes de Dios—advirtió Jesús con dulzura—una idea despótica que mal se compadece con tu propia afirmación de que es infinitamente justo. A quién oíste afirmar semejante cosa?

—Al Príncipe de la Sinagoga—respondió el hombre.

El segundo arriero dijo:

—Conforme a la enseñanza de un doctor de la Ley, yo creo que siendo Dios infinitamente sabio, no puede ignorar el mal y que éste es también de origen divino. De consiguiente, tengo derecho para exterminar en nombre de Dios a los herejes y a los impíos. El mal que les cause por la gloria de Dios, será también obra divina.

—Entonces, cómo sería Dios infinitamente bueno?—suspiró Jesús.—¿La infinita bondad, no excluye, acaso, al mal que la niega?

Y el tercer arriero opinó de esta suerte:

—La evidencia de esas contradicciones es la mejor prueba de mi conclusión, que así reza: la infinita bondad excluye la capacidad del mal. Todo cuanto se hace es bueno, el mal inclusive. No tengo para qué preocuparme de mis acciones. Todas son buenas en Dios. Y quien no lo creyere así, mostrará claramente la maldad de su alma.

—He aquí—dijo el Galileo—una noción de la bondad que excluye por junto a todas las otras. ¿Cómo sería, entonces, Dios, poderoso, sabio y justo? ¿De dónde tomaste tan peregrina idea?

—De mi amo el opulento viñador, que es un letrado saduceo.

El cuarto arriero, que sólo instado se decidió a hablar, dijo con voz tranquila:

—Yo no creo en Dios, rabí; mas, por lo mismo, reconozco y respeto el derecho de todos para creer en él como les plazca, y no hallo que ninguna de estas creencias me impida cumplir con todos mi deber de consideración y misericordia. Dueño cada cual de su concepto divino, ante mi modesta razón todos son iguales en la condición humana.

Como llegaron en eso a la encrucijada donde habían de separarse, Jesús los bendijo.

Y los discípulos preguntaron entonces:

—Cómo pudiste maestro, bendecir al ateo?

—En verdad os digo—replicó Jesús—que vine a este mundo como hijo del hombre, para el bien de los hombres.

Y pareciéndoles a ellos enigmática la respuesta, añadió el Galileo:

—Mientras los tres primeros interpretaban a Dios como teólogos, teniendo sólo en cuenta su bien personal, el otro habló del bien ajeno como un hombre sencillo. ¿Y no os tengo dicho ya que estos hombres serán los bienaventurados?

El propietario de los cerdos

Cuando Jesús echó los espíritus inmundos del cuerpo del endemoniado al de los cerdos, y éstos precipitáronse al mar en número como de dos mil, según lo consigna el capítulo V de Marcos, el propietario de las pías compareció para reclamar.

—Ese ganado, dijo, constituía toda mi fortuna. Ahora estoy arruinado sin remedio.

—Si hubieras visto aquel poseído que moraba en los cementerios, aullando de noche a la soledad como un perro vagabundo y destrozándose de día, con el furor, entre los pedernales y las zarzas, no lamentaras tus puercos.

—Tengo, Señor, mujer e hijos. Dos mil cerdos no son cosa fácil de juntar con el trabajo. Cuesta una vida.

Jesús replicó:

—¿Si estuvieras enfermo sin remedio y los dos mil puercos fueran al precio de tu salud, vacilarías tú y vacilarían tu mujer y tus hijos en darlos todos para que te recobraras?

—No, sin duda, Señor. Pero los puercos serían míos, que no ajenos.

—Aquel hombre estaba enfermo sin remedio, y tú mismo acabas de fijar el precio de su salud. Si amaras al prójimo como a ti mismo, ya no sabrías distinguir entre mío y tuyo. ¿Quién osaría sostener sin maldad, que la salud o la dicha de un hombre valen menos que dos mil puercos?

Entonces los jueces y los príncipes de la sinagoga comprendieron que había llegado el momento de procesar a Jesús, pues aquella doctrina sobre la propiedad fomentaba la anarquía.

El interés compuesto

Mientras un puñado de plebe conducía a Jesús por las pedregosas calles en el precedente paseo del suplicio, cierto remendón hebreo llamado Cartáfilo, claveteaba una babucha a la puerta de sordido tugurio.

Vestía una túnica misérrima de pelo de dromedario, que le daba el color y el triste erizamiento de un pajarraco viejo; contribuyendo no poco a este símil, que los muchachos habían anotado ya con un mote exacto, la costumbre de sentarse sobre un talón, como estaba precisamente entonces, mientras oficiaba de banco la rodilla de la otra pierna. Muy agachado sobre el remiendo, apenas se veía entre la obra y la grasienta calva color de queso, sus cejas imperciblemente contraídas de rato en rato como orugas velludas.

El sol blanco de una siesta metálica, iba recortando poco a poco sobre la acera la sombra en que el remendón estaba sentado como en un tapiz. Al fondo del cuartujo había un banco, y encima un caldero de cobre, una tajada de calabaza cruda, un cobertor de jerga. En el barrote que unía las patas de aquel mueble, espulgábase perezosamente un estornino doméstico. Suspendidos del marco de la puerta, dos pares de zuecos; las sandalias rojas de la hija del carnicero; y más arriba, enorme y torcido, un borceguí de legionario.

Al rumor de la pandilla que avanzaba, el hombre levantó la cabeza. Era muy flaco y tenía los ojos amarillos.

Las casas estaban mudas como sepulcros bajo el aplastamiento de la siesta. Todas las personas acomodadas del vecindario dormían.

Chiquillos escapados, vagabundos de la peor especie, dos o tres mendigas estúpidas entre su balumba de andrajos, y el piquete de soldados ejecutores, componía el séquito de Jesús. No eran muchos, a causa de la hora y de la indiferencia que despertaban esas condenas dogmáticas, bien que el populacho odiara a Jesús por su noble alcurnia; pues la propaganda libertaria y materialista de los saduceos, había producido en la turba una exageración de democracia.

Así, no era cosa de asombrar a Cartáfilo aquel vulgar episodio. Nunca falta concurrencia para una ejecución, y el buen hombre no habría separado probablemente los ojos de su babucha, a la cual acababa de volver, si justamente cuando llegaba ante su puerta, Jesús no se detiene allí.

Su rostro era una masa indefinible de polvo, sudor y angustia. Olía a fiebre y a sangre como un bofe que empieza a corromperse. Tenía en los codos cardenales azules como las peladuras de los asnos. Sus pies parecían cubiertos de rescoldo.

Apoyóse en el marco de la puerta, y hubo un silencio. De la sombría covacha salía una frescura penetrante y hedionda.

Entonces Cartáfilo se alarmó. Aquel descanso lo comprometía ante sus vecinos. ¿Tenía él algo que hacer con reudentores? Bastante trabajo daban ya a la autoridad. Y exagerando la actitud

de su voz, para mejor declarar su indiferencia, dijo al condenado:

—¡Anda, anda, buen hombre!

Jesús tuvo un momento de injusta amargura. No vió el natural egoísmo de aquel miserable. Cególo, sin duda, la sangre voluntariosa de David.

—Anda tú también hasta el fin de los tiempos, respondió con voz sorda,

comprometiendo quizá inconsideradamente la eternidad en su indignación de ser divino.

La formidable manía ambulatoria, que debía poseer a Cartáfilo más allá del tiempo y de la muerte, manifestóse desde el siguiente día, sin preocuparlo mucho. Miserable y solo, poco tenía que perder con la ausencia; pero antes de

Líneas aforísticas

(Envío del autor)

el silencio es la conciencia del tiempo.

la línea suficientemente sustancial para la expresión puede desenvolver color y claroscuro. Leonardo con color y claroscuro llegó a la línea.

es necesario oír a los hombres cuando se oye mucho una máquina de pensar. la emoción es síntesis.

el domingo mancha el candor del ocio.

al pasearse uno solo a veces se da cuenta de que nada piensa y se siente carro vacío que va tirado por algo en un movimiento que es fatalidad.

toda esencialización es forma. La antifforma no tiene sentido. El ritmo de las formas es el estilo.

las ideas pensadas por nosotros las logramos hacer claras para los demás, limitándolas, recortándolas y despojándolas del tono y color en que nacen. La claridad subjetiva es sacrificada en la expresión. No podemos formular nuestra verdad sin mentir.

la ilustración de libros incluye la de teorías estéticas. Algunos pintores se dedican a ilustrarlas.

todas mis aventuras líricas me traen una experiencia filosófica—la estética. metodizar lo indefinible, eso han sido las vidas de muchos artistas.

el arte es una técnica de la sinceridad.

la paradoja es nuestro cosmos, giramos y estamos vivos sin salir de ella. Cuando resolvemos algo sin caer en nueva paradoja hemos agotado nuestra subjetividad.

la luz volviéndose fuego azul y verde en las túnicas de los santos, fuego lírico en la geometría de los ventanales, es argumentación intensiva por donde me ha penetrado la comprensión teológica de la santidad.

la nobleza es una clámide que hace del gesto una arquitectura.

lo simple es lo armónico en sí mismo.

el crítico crea comprendiendo.

una crítica exacerbada que no deja crear, es que ella misma quiere ser obra de arte.

en épocas de decadencia la comprensión es ayudar a ésta viviéndola. La decadencia lleva en sí nueva vida. «Lo contrario nace de lo contrario» dice Platón; los que se sustraen al tiempo, quedan desvitalizados, desconectados de su posición cósmica.

el dibujo es una caligrafía para escribir nuestras metáforas.

«se agota la conversación» como si no quedara el silencio, que es inagotable. lo que en arte es arbitrario es lo que esta fuera de la emoción.

imitan a los imitadores, saber a quien imitar es tener ya una personalidad.

... las hordas de la civilización.

Paco Amighetti.

San José, Costa Rica. Abril de 1930.



partir, quiso precaverse a todo evento, por si volvía...

Diez sueldos de cobre formaban su haber, que dividió en dos, encaminándose a la oficina del banquero Manasés en cuya cocina lavaba platos por las sobras, los días de banquete.

El financiero consideró las cinco piezas de cobre. Nunca, en verdad, había caído a su bufete depósito más exiguo.

—Por qué te ausentas?—preguntó a Cartáfilo.

—Psch!... Por conocer el mundo—respondió el interpelado evadiendo toda alusión a su enfermedad vergonzosa.

—A tu edad! Cuántos años tienes?

—Setenta y dos.

El otro recapacitó ligeramente. Cinco sueldos. Setenta y dos años, Espalda ahuecada en bóveda por la tisis profesional. Aquello no tiraría ya más de un lustro. Y sintióse impulsado a la caridad por tanta miseria; por esa permanente miseria de setenta y dos años, ante su medio siglo opulento y craso. Pero los financieros no saben dar limosna.

—Tomo tus cobres a interés compuesto—dijo.—Es un gran favor.

El otro dió las gracias y se fué.

Pasaron los años, vinieron los siglos. Los cinco sueldos de Cartáfilo iban progresando en la sombra; pues como nunca volvió por ellos, pasaban incensantemente de banca en banca. Al principio no produjeron sino centésimos nominales. Luego sueldos como ellos. Luego, ciclos de platas. Luego, piezas de oro.

Los tesoros de Roma sucumbieron al pillaje bárbaro. La barbarie se congregó en feudos y en reinos. La Edad Media

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

emprendió su jornada quimérica hacia el Edén, sobre los mapas fantásticos en que deliraban *sumas y almagestos*; fué a Jerusalem vestida de hierro intrépido y de cilicio como una torre bien armada por dentro y fuera; labró los piñones góticos cual gigantescas estalactitas de sus lágrimas.

El capital de Cartáfilo era ya inmenso. Y Cartáfilo caminaba siempre, pero nunca volvía. Cambió de nombre cada tres o cuatro siglos. Llamóse aquí Ashaverus, allá Isaac Laquedem, más allá José, conforme lo refirió un arzobispo de Armenia a los monjes ingleses de San Albano. Los feroces barones, los reyes necesitados, los obispos arruinados, los tribunales inictos, metían mano sin tasa en su tesoro. Su tesoro crecía siempre. Cada minuto al día, ganaba un ducado.

Pues desde el as romano hasta el doblón aragonés, habían pasado todas las monedas, y desde los Césares hasta el

Leopoldo Lugones

imperio bizantino habíanse transformado todas las naciones, sucumbido y nacido creencias, mezclándose y combatido razas de todo el orbe, sin que el principio inflexible al cual debían su multiplicación los sueldos de Cartáfilo, aquel interés compuesto, eterno e incontrastable como una ley de la naturaleza, hubiese variado un solo instante.

Y llegó la edad moderna, echando la mitad de los tesoros de América al abismo insondable de los cinco sueldos del judío. Y vinieron los tiempos contemporáneos, rindiéndole su tributo las justicieras confiscaciones de la Revolución; poniendo en manos del antiguo excedido las llaves del mundo, con Rostchild, con Hirsch, con la Gran Banca omnipotente como el destino.

Cartáfilo camina siempre, pero ha empezado ya a hablar de volver. La maldición de Jesús se ha estrellado ante una ley tan permanente como ella. Su representante en la tierra ha empezado también —¡mala señal!— a atesorar los óbolos universales. Pero ¿qué son sus monedas en comparación de los intereses formidables acumulados por los cinco sueldos del remendón?

Así, la única injusticia que Jesús cometió sobre la tierra, vuélvese contra él favorecida por su propia maldición.

¿Qué importa un zar asesino, todavía; un pontífice que excomulga, un literato que miente?...

Desde su monte de oro, Cartáfilo vencerá al Galileo.

Si éste le perdona, como era justo, el remendón habría sido nada más que uno de sus apóstoles.

DAMA, según el diccionario de bolsillo: Noble señora; según el mío: Doña Carmen de Burgos. Está siempre sentada en un sitial, que tiene por escudo las palabras del ilustre Montaigne: «la plus grande chose du monde c'est d'être a soi». Lema que no se conquista en unos momentos de control personal; lo adquirió San Francisco no hablándole a los animales sino a los hombres.

En ella, como en nadie, se cumple el axioma, de que sólo puede dar el que tiene; doña Carmen es generosamente justa en literatura, y es natural que no la turbe el clamoreo de las famas si no son aquilatadas por su exquisito gusto.

Doña Carmen no tiene términos medios; ella misma me lo ha dicho: «Soy o no amiga de las personas, simpatizo o no» y si su puerta está cerrada para alguien, oiréis decir su propia voz que Doña Carmen ha salido...

Si fuera dable que una estatua se modelara a sí misma, establecería la comparación con *Colombine*, lo que ella es se lo debe a su propio esfuerzo: una copiosísima obra que haría sentir a cualquier muchacho consciente, muy poca estatura y remordimientos por el tiempo perdido en charlas y revoloteos inútiles.

Doña Carmen de Burgos

(*Colombine*)

(Envío del autor)



Doña Carmen de Burgos

Dibujo de Rodríguez Ruiz

Oíd de puertas adentro: doña Carmen es agricultora, ama la tierra; acercarse

Max Jiménez

Madrid. Marzo de 1930.

a la tierra es ennoblecarse; tiene en su casa una pequeña Arca de Noe, una tortolita, como en el Arca, en sitio preferente, y que ha aprendido con su cariño que no todas las gentes juntan piedras.

En su cátedra de la Escuela Normal, sus discípulas la quieren como madre sabia al par que bondadosa. Imagino que de la juventud lírica, será como una amable compañera.

Doña Carmen hace efectivas las fronteras en la América Latina; para ella cada país tiene su valor bien determinado; me ha dicho bien de los países pequeños, ella sabe que los hombres para valer necesitan cuna, no Pampa. Injusto encuentra ella que mientras nosotros seguimos y admiramos, la literatura de la Península, ésta bien poco se preocupa de las producciones americanas.

Amá, podría decir adora, el castellano que ella usa de una tan brillante manera.

Hubiera querido, para hablar de doña Carmen, que este mi lapiz fuera estrella, ya que entre otras cosas le adeuda la más gentil de las hospitalidades.

Con mano de indito vine de América, legajo de versos bajo el brazo, Vara de San José, que se abre bajo el exquisito aliento de doña Carmen de Burgos.

Poesías de Agustín Acosta

(Envío del autor.)

Es preciso combatir

Alma mía: es preciso combatir!

—No hay quien presente combate. Los cobardes, a mansalva, hieren con leyes absurdas, medrosos del porvenir...

—Alma mía: es preciso combatir!

—Entre fuerzas desiguales el triunfo ya está previsto. Locura fuera el combate... y nadie quiere morir...

—Alma mía: es preciso combatir!

—Los cínicos reirán desde sus altos balcones: ya se conoce por todos la causa de su existir...!

—Alma mía: es preciso combatir!

—Todo, todo deshonrado! Nadie sabe la palabra; nadie sabe la terrible palabra que hay que decir...

—Alma mía: es preciso combatir!

—No es que me arrede el presente, ni el pasado me subyugue: es que está lleno de sombras trágicas el porvenir...

—Alma mía: es preciso combatir!

—El problema es extirpar todo retoño podrido; rechazar la sangre espuria que nos quieren trasfundir...

—Pues por eso,
pues por eso
es preciso, es urgente combatir...!

Tedio

Tengo el tedio callado de las cosas del mundo.

—Collar de perlas falsas, brillante similor.—

Mi tristeza es un lago en el que a veces hundo con una risa amarga mi anzuelo de dolor.

Quiero pescar en ella el pez extraordinario;
un monstruo fabuloso, un mítico delfín;
y siempre el limo, el limo viscoso y milenario:
lodo de los orígenes, levadura del fin...!

No tiene mi tristeza poderes de Casandra;
por eso cualquier día, buzo sin escafandra,
en ese lago mío ebrio me iré a lanzar...

Y aunque me tiren cuerdas para salvar mi vida,
tanto será mi tedio, que el alma sumergida
a la falaz orilla no ha de querer tornar...!

Crepúsculo cubano

Camino. Camino rojo. Las rutas abovedadas...
¿Hacia cuáles horizontes? Yo estoy sediento de albas...
Y ésta es una tarde muerta de la campiña cubana.

Bicharracos que no veo dijérase que me llaman.
Se ha roto un haz de violetas en la llanura esmeralda.
En el cocktail del crepúsculo la guinda del sol naufraga...
Y no obstante el encendido telón del ocaso en llamas,
ha nevado nieve lila sobre los campos en Pascua.

Los bueyes beben la noche en la laguna rizada.
Capciosas Indias de film trasuntan las cañas bravas;
y mi sendero no llega a parte alguna. Las ramas,
al borde de los caminos fingen figuras humanas...
Luces que nunca se duermen brillan en la sombra vasta;
y alguien opone en la noche,—música siempre lejana,—
a un diluvio de silencio el arca de una guitarra.

Los caminos anduvieron por todas partes... y nada...!
Nosotros, en los caminos, ¿qué vamos a hallar? Se para
mi caballo, envejecido de anhelos y de distancias:
sabe que el trillo más rojo lleva a la ruta más blanca;



HABANA
1926

Agustín Acosta

que la laguna es un turbio Hollywood de la sabana,
donde las rubias estrellas mojan su carne dorada...

Caballo de Maeterlink! Te atreves al epigrama,
y triscas la nieve lila de las campiñas en Pascua...!

La muerte del mar

Hoy he cogido un caracol marino,
y no he oído el rumor del mar.
He pensado: ¿se habrá muerto el mar?
Y para dar el pésame a la luna
he venido a la orilla del mar...
La luna se ha burlado de mí,
y el mar me escupió a la cara...
No vuelvo a creer en los caracoles marinos...!

Alas

Te estoy clavando, vida, como a dos bellas alas,
—frágiles ornamentos de viejas cetrerías,—
en la pared en donde con tu blancor señalas
el noble afán de vuelo de mis mejores días...

Presa, presa, oh mi vida! Las ráfagas de antaño,
hechas a la locura de verte en el vacío,
tal vez sufran el frío de un sobresalto extraño,
que no será más fuerte que el sobresalto mío.

Presa, oh mi vida, presa...! es bueno que consumas el resto de tus ímpetus entre tus propias plumas, y agotes la amargura de sentirte impedida...

Porque si te conmueve la tentación del vuelo, antes de que te lances de nuevo a la partida, tendrá que haber más aire y que agrandarse el cielo...!

El pasajero

Al puerto, al puerto, oh lobos! El mar no quiere cuentos! Avanza en cordillera hacia la barca. Somos

su presa y su ludibrio. Cuando la noche llegue, nadie, nadie sabrá qué ha sido de nosotros...

Y el pasajero frágil, en el atardecer, miró a la estrella única. Dijo algunas palabras... (En el mar patinaban sportmen del crepúsculo, y el barco era una balsa).

Incógnito viajero: yo sé lo que dijiste! Nadie te volvió a ver, ensimismado y débil...

.....
Cuando el barco llegó al puerto más cercano, tú estabas en el muelle...!

Jagüey Grande, Cuba, 1930.

Bolívar y el cronista Calancha

=De Tradiciones Peruanas. Tomo II. Madrid=

I

DESPUÉS de la batalla de Ayacucho había en el Perú gente que no daba el brazo a torcer, y que todavía abrigaba la esperanza de que el Rey Fernando VII mandase de la metrópoli un ejército para someter a la obediencia a sus rebeldes vasallos. La obstinación de Rodil en el Callao y la resistencia de Quintanilla en Chiloé, daban vigor a esta loca creencia del círculo godo; y aun desaparecidos de la escena estos empecinados jefes, hubo en Bolivia, a fines de 1828, un cura Salvatierra y un don Francisco Javier de Aguilera que alzaron bandera por su majestad. Verdad es que dejaron los dientes en la tajada.

Lo positivo es que, entre republicanos nuevos y monarquistas añejos había una de no entenderse, y cada cual tiraba de la manta a riesgo de hacerla jirones. No sin razón decía un propietario de aquellos tiempos:—La *madre patria* me ha quitado dinero y alhajas, y el *padre rey* ganados y granos. No me queda más que el pellejo: ¿quién lo quiere?

Existe en el campo de batalla de Ayacucho una choza o casuca habitada por Sucre el día de la acción. Pocas horas después de alcanzada la victoria, uno de los ayudantes del general puso en la pared esta inscripción:

9 DE DICIEMBRE DE 1824.

POSTRER DÍA DEL DESPOTISMO

Una semana más tarde se alojaba en la misma choza la marquesita de Mozobamba del Pozo, peruana muy goda, y añadía estas palabras:

Y PRIMERO DE LO MISMO.

En el Cuzco, último baluarte del virrey La Serna, había un partido compacto, aunque diminuto, por la causa de España. Componíanlo veinte o treinta familias de sangre azul como el añil, que no podían conformarse con que la República hubiera venido a hacer tabla rasa de pergaminos y privilegios. Y tan cierto es que la política colonial supo poner raya divisoria entre conquistadores y conquistados, que para probarlo me bastará citar el bando que en 17 de julio de 1706 hizo promulgar la Real Audiencia disponiendo que ningún indio, mestizo, ni hombre alguno

que no fuera español, pudiese traficar, tener tienda, ni vender géneros por las calles, por no ser decente que se ladeasen con los peninsulares que tenían ese ejercicio, debiendo los primeros ocuparse sólo de oficios mecánicos.

Mientras los patriotas usaban capas de colores oscuros, los recalcitrantes realistas adoptaron capas de paño grana; y sus mujeres, dejando para las insurgentes el uso de perlas y brillantes, se dieron a lucir zarcillos o aretes de oro.

Con tal motivo cantaban los patriotas en los bailes populares esta redondilla:

¡Tanta capa colorada
y tanto zarcillo de oro!...
Si fuera la vaca honrada
cuernos no tuviera el toro.

A la sazón dirigióse al Cuzco el Libertador Bolívar, donde el 26 de junio de 1825 fué recibido con gran pompa, por entre arcos triunfales y pisando alfombras de flores. Veintinueve días permaneció don Simón en la ciudad de los Incas, veintinueve días de bailes, banquetes y fiestas. Para conmemorar la visita de tan ilustre huésped se acuñaron medallas de oro, plata y cobre con el busto del Padre y Libertador de esta patria peruana, tan asendereada después.

Bolívar estaba entonces en la plenitud de su gloria, y he aquí el retrato que de él nos ha legado un concienzudo historiador, y que yo tengo la llaneza de copiar:

«Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era franco y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete. Aunque sus maneras eran buenas y sin afectación, a primera vista no predisponía mucho en su favor. Sus ojos, negros y penetrantes; pero al hablar no miraba de frente. Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada. La expresión de su semblante, cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter, viciado por la adulación, arrogante, caprichoso y con ligera propensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo; pero extremadamente celoso. Tenía gran afición a valsar y era muy ligero; pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de etiqueta. Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo,

dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba grandes convites; pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria.»

El mariscal Miller, que trató con intimidad a Bolívar, y Lorente y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerlo, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citar el testimonio de muchísimos próceres de la Independencia que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado.

El viajero Laffond dice: «Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. Aunque su lenguaje fuese algunas veces grosero, esa grosería era afectada, pues la empleaba para darse un aire más militar.»

Casi igual retrato hace el general don Jerónimo Espejo, quien en un interesantísimo libro, publicado en Buenos Aires en 1873, sobre la entrevista de Guayaquil, refiere, para dar idea de la vanidad de Bolívar, que en uno de los banquetes que se efectuaron entonces dijo el futuro Libertador: «Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y Yo.» Francamente, nos parece sospechoso el brindis, y perdone el venerable general Espejo que lo sujetemos a cuarentena. Bolívar pudo ser todo, menos tonto de capirote.

Otro escritor, pintando la arrogancia de Bolívar y su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo, en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste se lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón, y volviendo la cara hacia el grupo de acompañantes, gritó:—Un criado que reciba el sombrero de su excelencia.

En cuanto al retrato que de Bolívar hace Pruvonena, lo juzgamos desautorizado y fruto del capricho y de la enemistad política y personal.

II

Pasadas las primeras y más estrepitosas fiestas, quiso Bolívar examinar si los cuzqueños estaban contentos con sus autoridades; y a cuantos lo visitaban pedía informes sobre el carácter, conducta e ideas políticas de los hombres que desempeñaban algún cargo importante.

Como era natural, recibía informes contradictorios. Para unos, tal empleado era patriota, honrado e inteligente, y el mismo, para otros, era godo, pícaro y bruto.

Sin embargo, hubo un animal presupestivo (léase empleado) de quien *nemine discrepante* todos, grandes y chicos, se hacían lenguas para recomendarlo al Libertador.

Maravillado Bolívar de encontrar tal uniformidad de opiniones, llegó a menear la cabeza, murmurando entre dientes:

—¡La pim... pinela! No puede ser. Y luego, alzando la voz, preguntaba:

—¿Juega?

—Ni a las tabas ni a la brisca, excelentísimo señor.

—¿Bebe?

—Agua pura, excelentísimo señor.

—¿Enamora?

—Es marido ejemplar, excelentísimo señor.

—¿Roba?

—Ni el tiempo, excelentísimo señor.

—¿Blasfema?

—Cristiano viejo es, señor excelentísimo, y cumple por cuaresma con el precepto.

—¿Usa capa colorada?

—Más azul que el cielo, excelentísimo señor.

—¿Es rico?

—Hereditó unos terrenos y una casa y, ayudado con el sueldecito, pasa la vida a tragos, excelentísimo señor.

Aburrido Bolívar, ponía fin a su interrogatorio, lanzando su favorita y ya histórica interjección.

Cuando se despedía el visitante, dirigíase el general a su secretario don Felipe Santiago Estenós.

—¿Qué dice usted de esto, doctorcito?

—Señor, que no puede ser,—contestaba el hábil secretario.—Un hombre de quien nadie habla mal es más santo que los que hay en los altares.

—¡No—insistía don Simón—, pues yo no descanso hasta tropezar con alguien que ponga a ese hombre como nuevo!

Y su excelencia llamaba a otro vecino, y vuelta al diálogo y a oír las mismas respuestas, y torna a despedir al informante y a proferir la interjección consabida.

Así llegó el 25 de julio, víspera del día señalado por Bolívar para continuar su viaje triunfal hasta Potosí, y las autoridades y empleados andaban temerosos de una *poda* o reforma que diese por resultado traslaciones o cesantías.

A media noche salió el Libertador de su cuarto, con un abultado libro forrado en pergamino, y gritando como un loco:

—¡Estenós! ¡Estenós! Ya saltó la liebre.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI
Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LAVALLE 1430

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

—¿Qué liebre, mi general?—preguntó alelado el buen don Felipe Santiago.

—Lea usted lo que dice aquí este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de la Grecia. ¡Boliviano había de ser!—añadió con cierta burlona fatuidad.

Estenós tomó el libro. Era la *Crónica Agustina*, escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

El secretario leyó en el infolio: *No es*

Ricardo Palma

Un escritor mexicano y don Joaquín García Monge

=De La Tribuna. San José de Costa Rica=

Un escritor mexicano, Martín Luis Guzmán, lanza desde España, y por medio de una revista que publica una familia de esta ciudad, una acusación injusta y burda contra don Joaquín García Monge. Dice el señor de *El Aguila y la Serpiente* que don Joaquín García Monge «publicó muy en último lugar de su periódico el manifiesto de Vasconcelos dado en Guaymas el 30 de noviembre». Y deduce de allí que el *Repertorio Americano* es «víctima, como tantos otros periódicos, de la propaganda pagada por Calles y Morgan.»

Como se ve, el cargo es extremadamente burdo y no podemos dejarlo correr indiferentes los que queremos de verdad a don Joaquín. A este don Joaquín García Monge se le han levantado en el camino jueces que infunden pavor. Unos de Calabria, otros de México, todos alentados por la perfidia. ¿De dónde saca don Martín Luis Guzmán que él puede ser unidad entre las «gentes decentes», imprimiendo en una epístola desgraciada la mentira sucia de que el señor García Monge pueda recibir el oro que según él distribuyen por América «el callismo y el ortizrubismo»? ¿Ha vivido Don Martín Luis Guzmán ignorando la labor pura y viril que desde hace diez años realiza el *Repertorio Americano*?

Estamos seguros de que don Martín Luis Guzmán recibe desde hace años, esté hoy a orillas del Hudson, o mañana en Pamplona, el *Repertorio Americano*. Y lo recibe gratuitamente sin exigirle siquiera gratitud. Pues ese esfuerzo, don Martín Luis Guzmán, significa el sacrificio del señor García Monge, un sacrificio continuado, recio en un medio indiferente a los estímulos de cultura, saturado de horrible mezquindad. Para que el *Repertorio Americano* llegue periódicamente a manos de don Martín Luis Guzmán, sin demandar de él ni siquiera gratitud, es necesario que un «Editor», el más modesto de los Editores, llene

el más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperen, ni nada bueno que le envidien.

Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente raciocinio:

—O ese individuo es un intrigante contemporizador, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o un memo a quienes todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos no sirve para el servicio, como lo dice la ordenanza.

En cuanto a los demás empleados, desde el prefecto al portero, no hizo el Libertador alteración ninguna.

¿Tuvo razón Bolívar?

Tengo para mí que el agustino Calancha... no era fraile de manga ancha.

en ese semanario prestigiado, desde la función de corrector de pruebas, hasta la de rotulador. Ese «Editor» trabaja de acuerdo con un plan. No fundó su hoja impresa para inflarse de vanidad. De ahí que su labor resulte superior. De ahí que su sacrificio sea constructivo. No es un mercenario a quien pueda acusar el escritor o el tráfuga de estar en acecho del oro que lo sume a ningún coro de ruido o de silencio. Este «Editor» no ha llevado al *Repertorio Americano* a la altura majestuosa en que lo contemplan los espíritus nobles de América convirtiendo su alma en tiniebla.

Pero ese «Editor» sí debe ser acusado de un pecado, del pecado grave de haberse prodigado a mucho anonimato. Cuántos de los que tratan de vilipendiarlo se le acercaron en otro tiempo y en sumisión canina lo llamaban «Maestro» cada vez que tocaban a su puerta magnánima. Yo los he visto. Declaro este hecho para que se precavan todos aquellos a quienes por su posición destacada pueda correrles igual suerte. El «Editor» gentil infló toda esa fauna canina y éste es el pecado de que debemos acusarlo. No tuvo la malicia bastante para adivinar el mal de esas entrañas. Ellas en cambio lo explotaron en su intento de salir del anonimato en que viven. No fué ese «Editor» enérgico para pedir a ese anonimato que en lugar de «Maestro» le diera el trato que ha recibido siempre de los que lo queremos honradamente.

Entérese don Martín Luis Guzmán de que don Joaquín García Monge no puede ser condenado en epístolas menaguadas. Dé un ejemplo de honradez informándose en fuentes limpias de mugre, cuál es el puesto entre los varones de honor ocupado por el «Editor» don Joaquín García Monge.

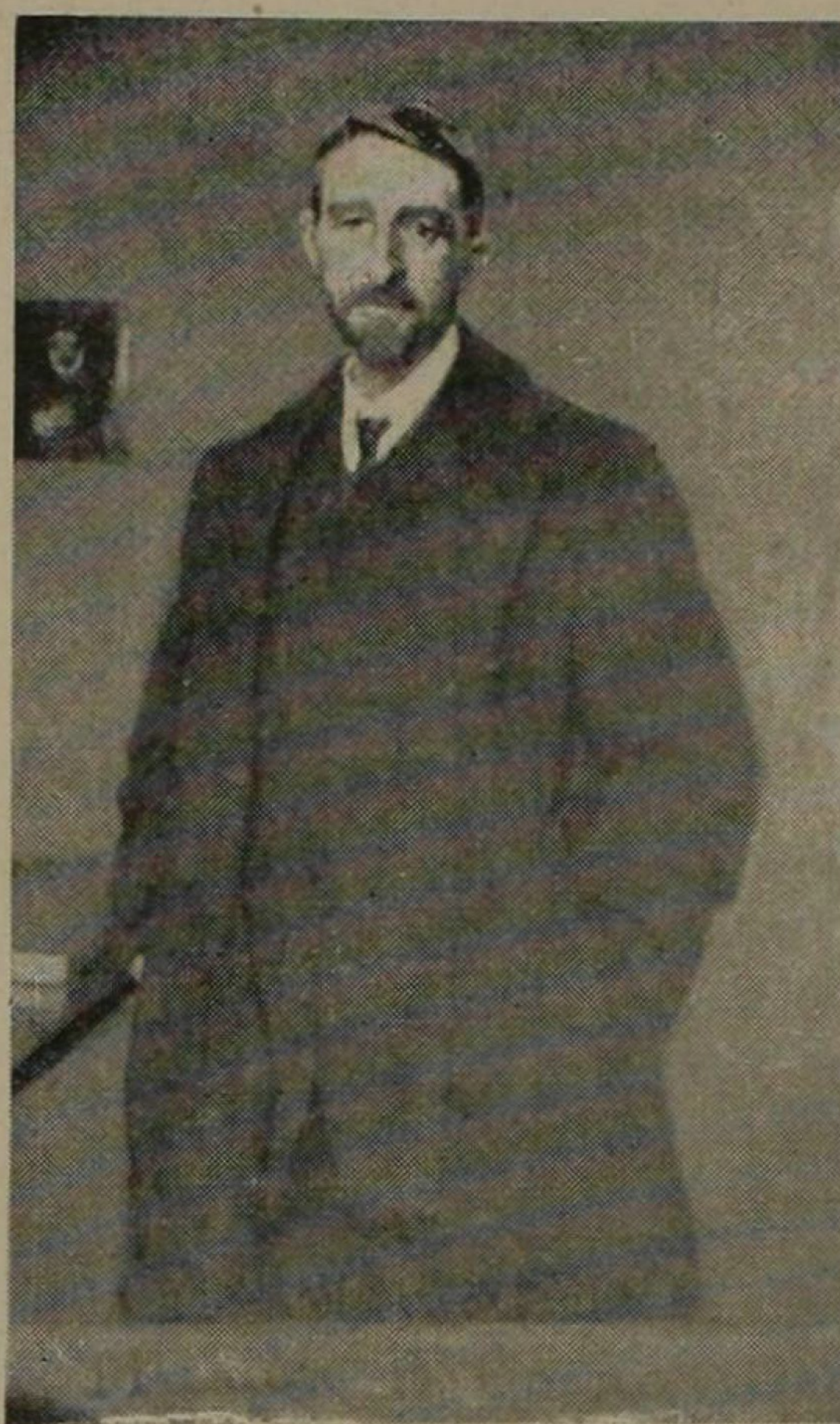
Octavio Jiménez

San José, Abril 7 de 1930.

Un educador español

Manuel B. Cossío

= De La Nación. Buenos Aires. =



Cossío

Por Joaquín Sorolla. 1908.

AL hombre que ha dado lo mejor de sí mismo en el ministerio de la palabra hablada, la palabra escrita jamás consigue reflejar la altura de su misión. Sin embargo, la palabra escrita parece la llamada a perpetuar su recuerdo en el mundo: «verba volant». Con lo cual tendremos del hombre una imagen imprecisa; las «huellas de su andar espiritual», un «vago conjunto» de su vida de maestro, como se dice en la breve y anónima introducción puesta por una pluma fervorosa a la recopilación fragmentaria de trabajos de D. Manuel B. Cossío, ofrenda de discípulos suyos, al ser jubilado de su cátedra de pedagogía de la Universidad de Madrid este hombre admirable.

Pero no sólo esto es lo que permanece de tales hombres. Vuelan las palabras, es cierto; mas, como las aves, para hacer nido. Y esas palabras han hecho nido espiritual en la mente de toda una juventud, de tal modo que la obra del maestro no queda solamente en unas páginas escritas, sino en el trabajo y la acción de otros hombres convertida en energía vital. No sólo sus discípulos directos, los que se han acercado a él y han recogido la palabra caliente de emoción, pueden sentirle suyo, por otra parte. En estos hombres el poder de expansión es grandísimo y alcanza a los que están lejos, quizá a los mismos que ignoran su existencia.

El nombre de Cossío es inseparable de otro nombre venerado, del nombre de Giner, del «Don Francisco», a cuyo lado se formó como buen capitán, compartiendo las dificultades de la lucha, las incertidumbres del tiempo, los goces del deber realizado. Muerto Giner, en Cossío encontraron los amigos de aquél, que ya eran amigos de los dos, el consejo, la guía, la expresión alentadora, el aviso oportuno.

Desde que se habla por primera vez con Cossío se reconoce al maestro. Su enseñanza es tan suave y sutil que se envuelve, a lo mejor, en una pregunta. Al contestarle, el preguntado se siente mayor, ve más claro dentro de sí. Y luego ese fervor comunicativo, ya se trate de un espectáculo de la naturaleza, ya de una obra de arte, ya de una duda momentánea en el correr de la vida...

La obra principal a que Giner de los Ríos y Cossío dedicaron su esfuerzo se llama la *Institución Libre de Enseñanza*. Con la generalidad de los ánimos en contra, la *Institución* fué haciendo camino, sin prosperar materialmente, pero con tal éxito, que hasta sus enemigos mayores, los partidarios de una estricta educación confesional, han venido, andando los tiempos, a adoptar e imitar los procedimientos y prácticas de la *Institución*. En el seno de ésta comienzan a manifestarse, aplicadas a la enseñanza desde la

edad infantil, las tendencias libertadoras del «libro de texto», emancipadoras del exclusivismo memorista que privaba en las escuelas; las que reemplazan a la disciplina del temor por la familiaridad entre maestro y discípulo; las que dan al juego y al deporte un rango educativo eminente; las que estimulan, mediante la excursión y la visita al museo, el contacto directo con la naturaleza y con el arte.

De Madrid salen para sus alrededores grupos de muchachos, guiados por hombres de la *Institución*, mucho antes de que se desarrollara el actual movimiento que puebla y anima la sierra cercana y lleva a las antiguas ciudades próximas caravanas de visitantes. Las salas de los museos, aun del Prado, casi desiertas, salvo las visitas de especialistas y extranjeros, son frecuentadas por esos muchachos, bajo la guía de sus profesores, mucho antes de la actual afluencia que a diario, y sobre todo en los días libres, les presta animación.

No; no está sólo en las páginas de unos libros la obra de los Giner, de los Cossío, de sus compañeros y alumnos inmediatos. Está, más todavía, en la formación de un espíritu nuevo al cual España debe mucho y que sería falso atribuir a determinadas tendencias políticas.

Cossío ha desarrollado su actividad en el terreno pedagógico, ya en la *Institución Libre*, primero al lado de Giner y más tarde al frente de sus estudios, ya en su cátedra de la Universidad de Madrid y dirección del Museo Pedagógico, de cuyas tareas fué jubilado en 22 de febrero de 1929, por haber cumplido la edad reglamentaria.

Más bien alto que bajo, en punta la barba encanecida, brillante la mirada tras los cristales de sus lentes, hay en su voz y en su ademán, cuando habla, una vibración que contribuye a grabar sus palabras en la mente del que le escucha. Quien ha llegado a seguir una lección suya en el Museo del Prado, no olvida fácilmente la disertación que, huyendo del tono doctoral, está llena de incitaciones, de llamamientos al juicio personal, jamás violentado ni cohibido por la autoridad del maestro.

Al encontrar, en el libro con que esos discípulos voluntariamente anónimos—entre los que se cuentan personalidades muy señaladas en la vida cultural española—han querido rendirle homenaje, y que se titula MANUEL B. Cossío. *De su jornada* (Fragmentos), encabezando el primero de los trozos recopilados este epígrafe: «El arte de saber ver», se piensa que con tan pocas palabras se explica mejor que con largos rodeos la esencia de la pedagogía de Cossío.

¡Saber ver! Ir al mundo con los ojos abiertos, para enterarse por sí mismo de las cosas, sin esperar interpretaciones dogmá-

Con motivo de la jubilación del Sr. Cossío, sus discípulos han recogido en esta obra ⁽¹⁾ algunas de las páginas escritas por él—no muchas, desgraciadamente—en sus cincuenta años de actividad docente: «huellas de su andar espiritual durante medio siglo», como se dice en la ofrenda del libro. Como al llevarse a cabo la jubilación del Sr. Cossío dedicamos a éste algunas páginas de la Revista (véase el número de febrero de 1929) trataremos ahora de dar sólo una idea del libro tan bellamente presentado, señalando algunos de sus pasajes.

Su contenido refleja las principales actividades del Sr. Cossío en los lugares donde éstas se han desarrollado: en la Institución Libre de Enseñanza, en el Museo Pedagógico Nacional, en el Ateneo, en la Universidad y en el Consejo de Instrucción Pública. Otros capítulos se refieren a la acción social difusa y a sus trabajos en la historia, la crítica y las excursiones.

Una de las impresiones que se obtienen releyendo estos trabajos del Sr. Cossío es la de su anticipación a las ideas hoy dominantes en la educación española y europea. Por lo que se refiere a nuestro país, la cosa no es tan sorprendente, ya que durante cuarenta o cincuenta años el Sr. Cossío ha sido el vigía más inteligente de la pedagogía en España. Más notable es que ocurra el mismo fenómeno en relación con la educación europea contemporánea. Gran parte, en efecto, de las ideas de ésta, sobretudo las que afectan al principio de la actividad espontánea, han sido ya expresadas y realizadas por el Sr. Cossío desde hace muchos años. Así, por ejemplo, en su trabajo sobre la pedagogía contemporánea, en 1879, dice aquél: «El niño, campo fértil tan mal cultivado hasta el presente, con sus sentidos abiertos y sus facultades racionales esperando siempre a que una mano con arte venga a sacarlos del sueño en que dormitan, es quien tiene en su propia naturaleza la ley según la cual debe educarse... El mundo entero debe ser, desde el primer instante, objeto de atención y materia de aprendizaje para el niño, como lo sigue siendo más tarde para el hombre».

Pero el Sr. Cossío no es sólo un teórico, un especulativo, de la educación. Como en otra ocasión hemos dicho, es ante

(1) Cossío (Manuel B.): *De su jornada*. Madrid, 1929.

(Pasa a la página 240)

(Pasa a la página 240)

El hombre.—Es una figura magra, reseca como una raíz expuesta a la intemperie, a todos los soplos. Pero es exuberante en palabra, en acción intelectual, en *mentiras*.

Cuando sus labios dicen palabras, cautiva, sobre todo, por la despreocupada familiaridad con que expone su sentir.

No hay misterio. No hay trabazón mixtificante. No hay disfraz.

Liso. Llano. Familiar.

Quijano Mantilla, en la intimidad, es el maestro sencillo y claro y sincero; el abuelo candoroso que dice consejos innumerables al amor de la lumbré litúrgica del hogar, como en los retablos de los cuentos para niños.

A través de los periódicos de todo el país, yo había conocido desde mi provincia lejana un Quijano Mantilla lleno de gracia en la dicción, lleno de recuerdos de todo género, y de aventuras.

Quijano Mantilla, qué hombre más fantástico, qué hombre más extraordinario!

Más llegué un día a escuchar el fluir de su palabra, fácil y sencilla como el caer de un chorro locuaz sobre un pozo sonoro, y me dije entonces: Qué hombre tan encantador!

Transparente como la gota que arruga la faz del pozo, así es su manera de decir las cosas. Fácil y sencillo como una leyenda para infantes, será lo que os expone cuando os hable entre amigos. El querrá ser vuestro igual. Le torcerá el cuello a toda distancia que os separe de él, y será el primero en invitar a la cordialidad, a la llaneza, a la simplicidad. No os querrá *epatar* con discursos grandilocuos o con eruditas exposiciones, por veros boquiabiertos a su alrededor y cuchicheando exclamaciones a media voz. Cuando da suelta a su erudición, deja que escape su palabra sencillamente, y encamina aquélla a esclarecer el contenido de la disertación, como nota al margen cuya finalidad es reforzar el concepto, cuando éste lo exige.

Su acento santandereano, neto y despreocupado, como si acabara de llegar de Piedecuesta o de Zapatoca y su apostura desahogada aunque rigurosamente pulcra, os estará diciendo mejor que cualquier protesta de sinceridad, cuánta es su sencillez, y cuán poco se cuida de asombraros.

Os mira con sus ojos pequeños de mago de sortilegios y os fijáis en su cara arrugada de alquimista indú, y mientras esperáis el deslumbramiento de su palabra sapiente, él vendrá a sorprenderos con la indecible ingenuidad que tiene para exponer la más severa verdad y el más agudo concepto.

Es un gran conocedor y amante de los antiguos. Y es un santandereano irrevocable. Por eso lleva siempre en su alforja de peregrino apasionado, un Homero, o ver Smith.

Sus preferencias.—Así va por la vida y por esos mundos, empeñado en verlo todo; pero pa-

Quijano Mantilla, un peregrino apasionado

=De *Cromos*. Bogotá=



Quijano Mantilla

La quebrada de la alegría

= De *El Tiempo*. Bogotá. =

En las cercanías de mi retiro, y atravesando la línea férrea, en el kilómetro 90 del ferrocarril de Girardot, se encuentra la quebrada de La Alegría.

Las gentes del contorno la llaman también «La Salada», y cuentan de ella cosas increíbles. Sirve para el reumatismo, para el mal de gatos, para la sordera y para el mal de los nervios.

Sus aguas son escasas y el lecho por donde corre tiene un color de asfalto rocoso. A las orillas se ven pedazos de guijarro, con cristalizaciones calichosas y salobres. ¿En dónde nacen sus aguas?

Parece que vienen de la cordillera de Zipacón o de la Laguna Verde.

Esta laguna tiene en realidad un color verde marino, y se llena de vegetaciones acuáticas que le dan un aspecto medroso.

Los españoles intentaron tajarla, pero no lo pudieron conseguir.

Durante mucho tiempo los indios de las cercanías se vieron obligados a violar sus tradiciones, arrojándole por la fuerza piedra y tierra, sin que lograran llenar la «gacha», como llamaban ellos los pozos que creían sin fondo.

Las leyendas de los patos de oro y de los mohanés siguieron dominando, hasta que hace años vino el desmonte para sacar polines para el ferrocarril de Girardot, y el plano de la laguna quedó en descubierto, dándole un aspecto menos medroso y enigmático.

De que allí hay encanto, nadie lo duda en el contorno.

La madre del agua, o sea una inmensa cabeza negra, que tiene cresta de gallo y crin como la de un muleto, se ve con mucha frecuencia, pero nadie se atreve a tocarla, porque entonces la región moriría de sed.

Es la divinidad protectora de las aguas, y cuando hace algunos años, un extranjero incrédulo le disparó un tiro a la que había desde años inmemoriales, y la hizo huir, la sed mató a los ganados, arruinó a los labriegos y después de mil penalidades se logró que un vecino que conocía la tradición,

(Pasa a la página 234)

rece que sólo le arrastre el halago de la contemplación. Su anhelo es un anhelo de ver, de contemplar.

El afán científico no es el acicate que le hará visitar Persia. Podría afirmarse que le lleva allí, más que todo, el deseo curioso de conocer la modalidad distintiva, el carácter, la manera de vida de aquel pueblo en términos generales,—arte, comercio, industria,—y sobre todo, a ver cómo sueña aquella raza que tan bello ha soñado y que soñó para siempre los mejores sueños. Le gustará más, ver cómo ama, cómo emplea el divino *ocio* de los antiguos.

Aún cuando su libro sea sobre petróleos, (regresará con un libro escrito), no podrá faltar en él el rincón dilecto dedicado a los idilios amorosos, a los vagabundos que ven pasar tranquilamente la procesión de las horas al través del cuadrante tediado de monotonía.

Quijano Mantilla no visitó los castillos feudales de Rumanía por estudiar su estructura arquitectónica, ni por medir sus arquivadas soberbios con un metro de albañil, ni por estudiar la potencialidad de su contextura de fortaleza medioeval, ni por discriminar cuántas nobles pudieron poner sus plantas más adentro de aquellos umbrales. No es de los que aman más saber qué número de veces usó Dante determinada palabra, que desentrañar el sentido filosófico de la obra. La arqueología no es ciertamente su chifladura. Prefirió escudriñar cómo amaron los recios mora-

dores de aquel palacio majestuoso; cuáles fueran sus empresas ideales; de qué linaje pudieron ser sus preferidos refinamientos, y recordar un poco de historia.

La musa Egeria.—La mentira, esa maga forjadora de bellezas y primorosas ilusiones, parece ser la musa Egeria del ameno escritor. No porque todo lo que él relate sea mentira, sino porque todo lo que nos cuenta parece serlo.

Cierta aventura que le ocurriera en un teatro de la clase baja de Berlín, el suceso acaecido en un café, a su llegada a aquella grande urbe, que refiere en su último libro, el del catalán que necesitaba un sombrero y no encontraba el medio de comprarlo por ignorar por completo el idioma de Goethe, parece hechos en un molde único y con destino exclusivo a nuestro gran compatriota.

La misma estada del buen santandereano en Berlín, semeja una mentira. Y el viaje que hará al país de sol y de leyenda del Shá, tiene todos los visos de una gran mentira sellada y contramarcada.

No parece sino que Quijano Mantilla se hubiera dedicado a que le pasaran cosas fantásticas.

Todo lo que le oigáis contar de su vida, se os ocurrirá que no tiene razón de ser *véritable*. Y sin embargo, como os dije antes, él no tiene ningún afán de *epataros* y os dice apenas la verdad pura, la verdad verdadera.

Sus libros.—Sus libros de crónicas le han dado una popularidad única en Colombia. El nombre del escritor es familiar a todo colombiano. En el mundo de las letras nacionales y fuera de él, Quijano Mantilla es el más extraordinario tejedor de cuentos y enredos para chicos y grandes.

Su primer volumen *Cuentos y Enredos*, fué un verdadero éxito de librería. En un espacio de tiempo extraordinariamente inverosímil quedó agotada la edición.

Dos libros más—*Al sol de agosto* y *Sartal de mentiras*—unidos al primero, difundieron ampliamente la notoriedad del deleitable escritor de Piedecuesta.

Ultimamente, a su regreso de Alemania, imprimió en EDICIONES COLOMBIA un cuarto libro de crónicas de viaje, como siempre, llenas de ese espíritu gracioso que le caracteriza, intitulado *Memorias de un vagabundo*. (Berlín visto por un hombre mudo.)

Una natural manera de observación y exposición son las suyas. Nos habla allí de la gran metrópoli teutona en sus aspectos más sugestivos. Nos habla de Hindenburg, de Harden, de su admiración ante la imponente de la urbe inmensa. Nos refiere las aventuras que su mudez le hace correr frecuentemente y de qué frecuente manera se ve obligado a recurrir

al esperanto de las señas, para hacerse entender.

Un Berlín idílico, encantador, lleno de belleza y de atracción; un Berlín que no está en las guías para turistas fofos, es el que nos da el autor de ese libro de memorias de su mudez inconcebible.

Nos cuenta sus diálogos con la chimenea en las noches heladas de aquel clima nórdico. Sus vagares por calles y museos, mudo y solitario como un prófugo, mirando letreros y sacándole el cuerpo a los autos.

Nos hace conocer mucho detalle interesante de la vida y costumbres de aquel país vigoroso, altivo y laborioso, de cuyos laboratorios y gabinetes de especulación están saliendo actualmente los más avanzados postulados filosóficos—especialmente en la rama psicológica—y las más audaces teorías científicas de la época.

Es un libro ameno, interesante y lleno de curiosas observaciones.

Epítome.—En la conversación como en sus libros, Quijano Mantilla es siempre el sano espíritu que va por la vida observando el mundo al través de un prisma de coloraciones plácidas,—sonriente e inmutable—en tanto que escuda su pecho en el gracejo y las mentiras, para evitar que le hieran los dardos de la desesperanza.

Leopoldo Gil Jaramillo

La quebrada de la alegría...

(Viene de la página 233)

fuera a los llanos de Casanare y consiguiera dos huevos de güio negro y los trajera con mucho cuidado para empollarlos aquí.

Mientras los güios estuvieron pequeños, la mujer de un labriego los mantenía en el seno para darles calor; más tarde los guardó en una cueva, y cuando ya se tomaban tres litros de leche diarios, se les dio libertad para que salieran a vivir de la caza y a crear de nuevo las fuentes de agua.

La quebrada de La Alegría volvió a tener agua, y las gentes siguieron acudiendo desde entonces a recibir sus beneficios.

No es una fuente Juvencia, que alarga la vida, con todas sus tristezas e incomodidades, descartando su objeto primordial, que es aquello que los griegos ambicionaban con el nombre de sofrosine, y que nosotros pudiéramos llamar la placidez absoluta.

El rey de los númidas, Massinisa, vivió noventa y tres años, reinó sesenta y a su muerte dejó un hijo de cuatro años, de sus últimas nupcias. Pero el rey Massinisa combatió hasta los días cercanos a su muerte, y ésta le sobrevino cuando celebraba su triunfo sobre los cartagineses.

Supo de la vida larga, pero no pudo conocer la alegría.

Y es que la alegría, como la felicidad, es un brote de inconsciencia, un fluido que pasa por nuestros nervios, un recuerdo que luego nos complacemos en evocar.

Generalmente cuando estamos alegres tratamos de mortificar nuestra alegría; no nos damos cuenta del valor del momento, y principiamos a buscar en nuestro pasado algo que ha de caer en nuestro espíritu encaldecido por alguna emoción, como una nevada de tristeza.

En la quebrada de La Alegría, el agua tiene el poder de lavar los humores del tedio. Se siente uno revivir al contacto del agua. Una ola de calor vivificante nos anima, una visión rosada de la existencia sirve de lente para verlo todo.

No nos prometen sus aguas una vida larga, ni una fortaleza de pugilista, pero nos dan por un tiempo la placidez y nos hacen más ágiles, más espontáneos, más comunicativos y accesibles a todas las emociones.

Tal vez muchos de los males que curan estas aguas no son otra cosa que la consecuencia de un espíritu enfermizo y desanimado. Hasta gentes que tienen el alma ruin y el corazón atormentado por mil ambiciones, han salido de allí vivificadas, expresivas y comunicativas. No hace mucho tiempo un labriego que vive en la vecindad, y cuya vida era casi imposible por el mal genio de su mujer, resolvió un día pelear con ella y engancharse como trabajador con un contratista que andaba por estos contornos buscando peones para la carretera de Cambao.

Llegó de Anolaima el domingo por la tarde, trayendo a la espalda el mercado para la semana, y contrariando su costumbre de aguardar hasta que la esposa le sirviera la comida, principió a llamarla a grandes voces y a proferir denuestos.

—¿Qué hubo que no está el almuerzo? ¿Qué diablos hace esta mujer cuando yo me voy? ¿Le parece mucho lo que hace cuando yo no tengo descanso ni el mismo domingo?

La mujer que venía con un tarro de agua al hombro desde un pocito que queda en la quebrada de La Alegría, se le puso como un erizo y le dijo otras tantas injurias.

Lo que nunca en su vida había pensado, lo

puso en obra el hombre, en un segundo de ceguedad.

Se le fué como una fiera, la agarró del pelo, la arrojó a tierra, y rapándole el tarro de agua, se lo echó encima, lavándola por completo.

Inmediatamente obró el agua el milagro de su virtud maravillosa.

Sonriente, casi enternecida, la mujer se prendió a las rodillas del hombre, y le pidió que no se pusiese bravo, que el almuerzo estaba listo y que al instante iría a servirlo.

El hombre comprendió todo y se portó con clemencia, desistiendo a la vez de su intento de irse muy lejos. Desde entonces, cuando ve a la mujer de mal genio, baja a la quebrada de La Alegría, se moja las manos, y acariciándole luego las mejillas la vuelve a la realidad de la vida, que no es otra para los que nos bañamos en esas aguas que el más franco y lisonjero optimismo.

Yo siempre les aconsejo a mis amigos que se bañen allí, y aun a las gentes desconocidas que padecen algún sufrimiento, no dejo de decírselo, por si dan crédito a mis palabras. Hace algún tiempo encontré de regreso de la quebrada a un pordiosero que acostumbraba pedir limosna en las estaciones del ferrocarril, y a quien veía siempre con una úlcera enorme en una pierna, que les causaba a los pasajeros la más repugnante impresión.

Además, era tuerto y se vendaba el ojo con un trapo que sostenía un emplastro cuyo aspecto era lo más repulsivo.

Un día nos encontramos en la vía de Cachipay y le dije:

—¿Por qué no ensaya unos baños en la quebrada de La Alegría? Es admirable para las enfermedades, y le quita, además, el mal humor.

Ayer me lo encontré en una estación y me quedé asombrado.

Estrenaba pantalones y saco. No tenía vendaje en la cara y mostraba los dos ojos buenos y picarescos, con los cuales ha visto la vida, como un gran psicológico.

Al ver mi asombro, me dijo.

—Le seguí sus consejos y me ha ido muy bien.

—¿Y la úlcera, y el ojo enfermo?—le pregunté, viendo el milagro operado en tan corto tiempo.

—La úlcera era prestada, y se la llevó el compañero para Tocaima, porque en este tiempo de semana santa, es muy buena esa plaza para nuestro oficio, y esta semana no soy tuerto porque siempre hay que descansar y darle gracias a Dios.

Pero yo no he querido aceptar lo que supe después por su propia boca, o sea que la úlcera era de lata y que fué pintada en Bogotá ni he creído en realidad que el hombre no era tuerto; porque así como La Salada les da a quienes se bañan en ella la alegría, también debe curarles sus dolencias, aún cuando éstas sean postizas. Al fin, y al cabo, en la vida todo es ilusorio o postizo, y ojalá que en todos los lugares del mundo se encontrara una quebrada de La Alegría, para aplicarnos en el rostro las manos humedecidas en sus aguas, y sentir al instante la alegría, como le sucede al labriego que encontró en este fácil recurso el sistema de aplacar las iras de su mujer y de sentir en su casa la felicidad, aún cuando ésta sea una ficción, como los males del pordiosero que se curó con mis consejos.

Joaquín Quijano Mantilla

El Epiro. Jueves Santo de 1927.

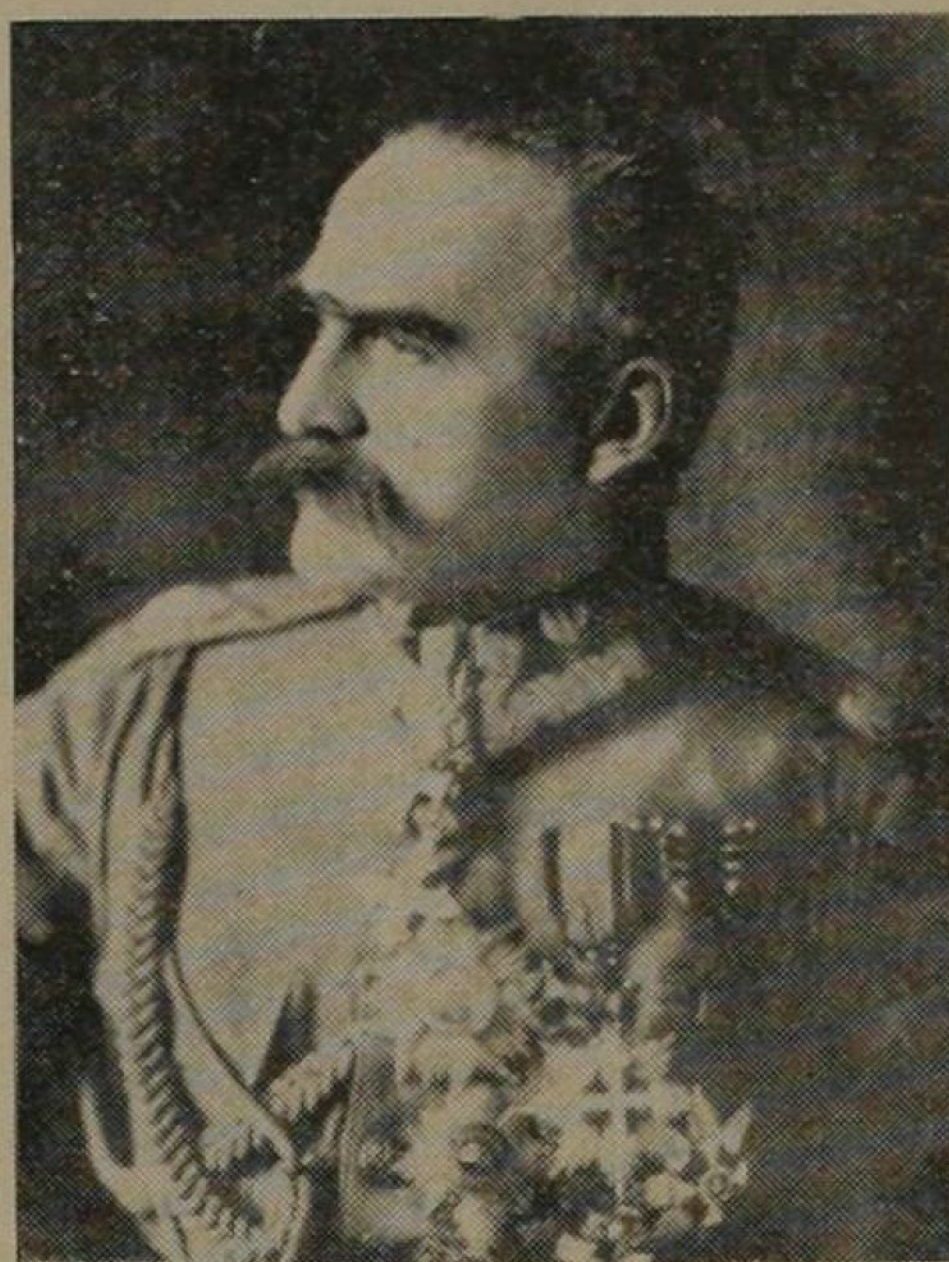
Los caudillos que figuraron en la Guerra Europea y en el período convulsivo que la siguió se encontraron todos con elementos organizados. Los viejos organismos administrativos y políticos, más o menos aniquilados a consecuencia de la hecatombe aún alentaban vida. Sólo uno de esos hombres tuvo que crearlo y organizarlo todo. Refiriéndose a ese caudillo dijo Mr. Hoover, a quien tocó ser testigo del caos de Polonia en 1918: «No conozco en la historia ninguna situación más desesperada que aquella en que se encontró el gran soldado y patriota José Pilsudski cuando salió de su prisión alemana y colocó en Varsovia la piedra angular del gobierno polaco.»

Pero para ese hombre la desorganización y el caos no eran un mundo desconocido. Desde su juventud había vivido en una constante creación dolorosa y desde sus primeros años de juventud había renunciado a todo para seguir su ideal patriótico. Los grandes ideales no se entregan nunca a los hombres apegados a la tranquilidad de la vida burguesa, a los esclavos de ese gran amo de la época contemporánea que se llama el confort. A los soldados del ideal los arma caballeros el sacrificio y la abnegación es la madrina que les calza las espuelas. Pero hay hombres a quienes la hora de ser armados caballeros en la forma que decimos les llega al cabo de los años, por la fuerza inevitable de las circunstancias y la complicidad decisiva de la propia contextura espiritual que acepta noblemente su destino. A Pilsudski esa hora le llegó cuando aún era un adolescente. A los dieciocho años era expulsado de la Universidad de Carkow, donde iniciaba sus estudios de medicina, que le abrían las puertas de la tranquila felicidad de un profesional de buena clientela. Un año después emprendía el camino de Siberia donde permaneció confinado cinco años. Regresó a Polonia y de las orientaciones de la opinión pública escogió sin titubeos y sin temores la que preconizaba la insurrección armada y se puso al servicio de ella y renunció para siempre a la paz y a la dicha del hogar, bienes codiciados que dejó por la persecución y por la zozobra constantes. Pudo haberse acogido a la cómoda y alcahuetona teoría de la evolución política; pudo haberse afiliado a los partidos que se contentaban con una simple autonomía política, seducción de los pusilánimes y excusa de los débiles; pero él, sin vacilaciones, fue a ocupar su puesto en las filas de los hombres de acción que soñaban con la redención absoluta, completa e ilimitada.

«Seamos románticos en cuanto al fin y positivistas en cuanto a los medios», dijo el caudillo a sus amigos, con frase que es el resumen de su filosofía de la lucha. En prueba de ello fundó con sus compañeros un periódico clandestino titulado *Robotnik* o sea *El Obrero*. Recorre el país, forma círculos patrióticos, predica su fe con mesiánico entusiasmo, estimula a los patriotas, transmuta a los escépticos, proclama en todas partes su credo de libertad irrestricta. La policía lo persigue. La imprenta misteriosa se traslada de un lugar a otro: un número del pe-

José Pilsudski

(Envío del autor)



La force sans la liberté et la justice n'est que violence et tyrannie.

La justice et la liberté sans la force—ne sont que verbiage et enfantillage. José Pilsudski.

riódico aparece en una ciudad y el siguiente en otra. Pilsudski lo escribe, imprime y reparte. Y cuando en tenebroso sótano el joven conspirador trabaja incansablemente, nada sino su noble corazón le anima. Es su hidalgo compañero. ¡Pero ese corazón dentro de una hora, dentro de dos o dentro de doce podía dejar de latir para siempre convertido en informe estrella de sangre por las balas de los gendarmes!

En 1900 la policía lo detiene y es reducido a prisión en el macabro pabellón décimo de la ciudadela de Varsovia. Trasladado a Petrogrado se fuga de un hospital militar con la complicidad de un joven médico. Pasa a Riga y después a Kiev donde sus compañeros perpetraban el milagro de seguir editando el *Robotnik*. Por fin, después de novelescas aventuras atraviesa la frontera y pasa a la Polonia Austriaca, región donde el gobierno hacía tolerable la vida de los polacos.

Viaja por Inglaterra, Francia y Suiza. Estalla la guerra ruso japonesa e incansable idealista, proclama una vez más, como siempre, la insurrección nacional armada como el único medio decoroso de libertar a la patria. A todos propone su temerario proyecto, a banqueros, a campesinos, a literatos, a industriales, a jóvenes y a viejos: derramar en Polonia la sangre fecunda que se va a derramar esterilmente en Manchuria e impedir que los rusos movilicen sus fuerzas. Audazmente decide irse al Japón y proponer al gobierno del Mikado que le ayude a provocar un levantamiento en Polonia. Parte para el Japón pero no obtiene buen éxito. Vuelve a la Polonia Austriaca y cuantas veces lo cree necesario atraviesa la frontera rusa. Es un prófugo; está sumido en la mayor pobreza; perdona las ofensas más afrentosas a cambio de la adhesión a su causa; las palabras moderación y buen sentido se le clavan cien veces al día como otros

tantos puñales; tiene la aureola de los santos; ama la gloria y desprecia la muerte. La insurrección general con que sueña es imposible por falta de armas y de preparación, pero crea la famosa *Organización de Lucha*, llamada comúnmente *Bojowka*, cuyos miembros armados de pistolas automáticas y a veces de granadas de mano, ejecutan, bajo la dirección del caudillo los más audaces ataques. En las manifestaciones políticas que se verifican en Varsovia, son ellos los que defienden, pistola en mano, al pueblo indefenso de los vejámenes de los cosacos; suprimen espías y gendarmes; asaltan trenes cargados de armamento; en uno de sus golpes maravillosos, valiéndose de fantásticos ardides, liberan diez condenados a muerte; protegen a los jefes de partido y, cuando caen prisioneros y son condenados a la última pena, mueren viviendo a su patria.

Terminada la guerra ruso japonesa, Pilsudski tiene la visión de la Guerra Mundial y predice con exactitud que asombra la derrota de Rusia. Hay que estar listos para ese día: hay que formar cuadros de oficiales para el futuro y con ese objeto se constituyen sociedades de tiro al blanco a cuyos miembros, se da, so capa de educación gimnástica completa instrucción militar.

Cuando estalla la guerra europea Pilsudski lanza sus legiones contra Rusia porque comprende que la victoria de esta gran potencia sería fatal para Polonia, y la correspondencia diplomática franco rusa, publicada después de la guerra, demuestra cuán fundada era esta suposición. Los legionarios no conocían el miedo y renuevan la epopeya de aquellos caballeros, antecesores suyos, que coronaron las alturas de Somosierra, desplegando bajo el sol de España el blanco y rojo de las banderolas de sus lanzas.

Sin embargo la actitud del gobierno austro húngaro no llenaba las aspiraciones nacionales de los poloneses, porque estas tenían como limitación las políticas húngara y alemana. Para asegurar el triunfo a toda costa, Pilsudski crea febrilmente una organización llamada *Organización Militar Polaca*, cuya acción se ejerció al principio únicamente en la parte de Polonia Rusa ocupada por los moscovitas, extendiéndose después por todo el territorio del país, siendo su objeto constituir en el país un núcleo militar poderoso capaz de servirlo y de tener una influencia importante en la decisión de la guerra en el frente oriental. Un oficial de Pilsudski valerosamente atraviesa las filas rusas y forma a retaguardia de ellas los primeros centros de esa índole.

El desenlace de la guerra en el frente oriental fue favorable a los Imperios Centrales y sus fuerzas ocuparon la casi totalidad de Polonia. Los legionarios que se batían y morían por conseguir la libertad del país no veían el premio de su sacrificio y colaboración, y fueron simplemente agregados al *lansturm* austriaco. Pilsudski el primero y después los oficiales y soldados de las legiones renuncian en masa en señal de protesta, y los Imperios Centrales, por otra parte,

necesitados de hombres y deseosos de constituir un estado vasallo al oeste, deciden proclamar el 5 de noviembre de 1916 el reino de Polonia. La más grande preocupación de los Imperios Centrales, al dar este paso, residía en el interés de contar con un ejército polonés, siguiendo el consejo de Ludendorf. El 14 de enero de 1917 se constituye en Varsovia, ocupada por los alemanes, un consejo de estado del que forma parte Pilsudski, quien ya había pedido a los legionarios que retirasen sus renuncias. Los Imperios Centrales deciden que aquellos presten juramento de lealtad militar a los ejércitos austro húngaros y alemanes, pero en ese momento estalla la Revolución Rusa y cambia por completo la situación de Polonia, a la que el acontecimiento privaba de uno de sus verdugos. El Consejo de Estado, a petición de Pilsudski, se niega a llamar a los polacos a las armas, como lo esperaban los alemanes. Con uno de esos gestos que denuncian la grandeza de los caracteres superiores, renuncia Pilsudski a su cargo y se niega a prestar, con pública resonancia, el juramento de fidelidad que se le pedía. Los soldados también se niegan. Pretenden tomar con su jefe, por asalto, la fortaleza de Deblin, situada sobre el Vístula, pero Pilsudski es arrestado y enviado a Magdeburgo recobrando su libertad al estallar la Revolución Alemana.

Llega a Varsovia y encuentra al país sin finanzas, sin administración, sin tribunales, sin cuerpo diplomático, casi sin

armas, sin vías de comunicación,—porque todas habían sido destruidas,—con las ciudades arrasadas y los campos asolados y, en esa hora de espanto, precursora de otras peores, se hace cargo del supremo comando del ejército y poco después de la dictadura, la cual se le ofrece y él no acepta si no es con limitaciones de tiempo y de poder.

El país aniquilado como estaba tiene que sostener en distintos frentes cinco campañas militares, para salvarse de un nuevo reparto, y tiene que sufrir la invasión de los ejércitos comunistas, derrotados por Pilsudski en una maniobra inmortal, frente a las puertas de Varsovia.

Pálida por los sufrimientos, agotada por el dolor, sangrantes los pies, demadejado el cabello, salpicada con la sangre de sus propios hijos, la Patria se apoyó en el brazo del héroe. Este caballero altivo, de largos mostachos caídos, evoca los nobles turbulentos y denodados que Sienkiewicz resucitara en sus novelas. Este guerrero abnegado y desprendido, escritor y orador excelso, cuya figura medioeval se destaca entre los monstruosos tanques y cañones de las guerras modernas y sobre el negro fondo de nubes de los gases mortíferos, es un ser austero y probo que ayuda su vivir modesto con el producto de las ediciones de sus libros. El alma romántica y heroica de este hombre se formó, según confesión propia, en el regazo de la madre oyéndola leer poemas de Mickiewicz...

Teodoro Picado

Alajuela, Costa Rica. Abril de 1930.

Estampas

La superstición del grande hombre

(Envío del autor)

DE la vida ejemplar que leímos hoy nos llenó de reflexiones el siguiente suceso: «Dícese que tuvo (Catón) un poco menos de cincuenta causas, la última de ellas cuando ya tenía ochenta y seis años; en la cual dijo aquella célebre sentencia: «Que es cosa muy dura haber vivido con unos hombres y tener que defenderse ante otros».

Cada generación tiene sus propios hombres. Son ellos los que le dan sentido y la perfilan austera y fecunda en los destinos de una nación. Y no puede ser otro el suceso. Cuando un país entrega todas sus juventudes a vivir el ejemplo pasado sólo porque pueda haber en él algún resplandor de gloria, crea espíritus menguados. Es sencillo proclamar la crisis de hombres siempre que la rutina o la conveniencia necesitan imponer lo que Gracián llama «imágenes viejas de adoración pasada». Y los impostores no quieren que nadie se pregunte qué responsabilidad toca en esa crisis a los que son desempolvados para que las andas de la admiración pública vuelva a sostenerlos. Pretenden una sumisión uniforme y estúpida.

Sin embargo, el alma de cada generación apenas asuma la responsabilidad de sus destinos debe examinar la conducta de los hombres de las generaciones que la precedieron, severamente, sin estorbos ni complicidades. Que

esos hombres sientan como el gobernante romano que es amargo tener que justificarse ante la gente nueva. Y amargo, no porque se les oponga odio y escarnio, sino porque se les separe con visión lo que hicieron por el bien de una patria y lo que hicieron por nutrir la propia vanidad. Es natural que una generación tenga que ser severa al examinar la obra de los que moldearon la anterior. Y más si esos moldedores persisten en querer influir los destinos que ya no les pertenecen, lo que es caudal de otros valores humanos.

Entre nosotros, por ejemplo, quieren determinados intereses esparcir el principio de que los hombres a quienes el país honró con las funciones de mayor responsabilidad, no deben ser tocados por las generaciones nuevas. Para esos intereses lo que tales hombres dejaron como obra es obligatorio aceptarlo con reverencia. Por complicidad o por chatura mental reducen la probidad humana a sólo la invulnerabilidad contra el dinero. Y deducen luego que sus ídolos tienen conquistado el acatamiento, porque de las funciones que ejercieron volvieron con el caudal empobrecido. No quieren ver que el mayor mal se le hace a un

país no descuidándole la administración del oro, sino manejándole sin visión sus demás intereses, los educacionales, los culturales, los agrarios, en suma todos los intereses que contribuyen a crear un tipo humano superior. Aquí es donde la gente nueva pone toda el ansia de su espíritu en examinar lo que sus gobernantes hicieron y pretenden hacer. Por cualquier lado que los adivinen defraudadores de los principios que sustentaron mientras inducían voluntades que les dieran mando, les dan trato implacable. Y los señalan sin temores, sin esos encubrimientos infantiles a que son tan dados los que se horrorizan de que fuera de la república se enteren de lo que pasa dentro de la república.

Y en realidad lo que se teme cuando una voz honrada sacude los prestigios nacionales es que se acaben los prestigios. Vivimos de supersticiones. Esta del grande hombre, del estadista es la que con más engreimiento se nos obliga a sustentar. Y cuánto mal nos ha causado! En nuestro medio aperezado, muerto casi en la creación de valores superiores, es la actitud más cómoda esa de corear las virtudes del estadista insustituible. ¿Pero y estos estadistas no han hecho su aureola precisamente adormilando la conciencia de las generaciones del presente y del futuro? No han querido poner el país en condiciones de que produzca gente fuerte. El secreto para ellos está allí. Hay necesidad de renovar al país su economía y su educación y todas sus fuerzas primordiales, y al no encontrar, aplicando el criterio engañoso de selección impuesto por esos estadistas, gente que pueda dar soluciones acertadas el pensamiento se vuelve al instante hacia esos estadistas. Se les considera sin conexión ninguna con el destino de un país. Ellos han nacido capaces pero si esa capacidad la ha aprovechado un país es como aprovecha la caldera el combustible, para generar fuerza de terminado período de tiempo. ¿A qué pretender que ellos tengan que realizar el milagro de dejar al país en condición de no sufrir en ningún instante de su historia de crisis de hombres?

Para las mentes adulonas, por cálculo o por falta de visión, a los que han gobernado un país no puede responsabilizárseles cuando ese país no ofrece generaciones en las cuales no se destaquen espíritus fuertes. Y mucho menos puede examinarse la obra de esos gobernantes hasta obligarlos a decir: «Que es cosa muy dura haber vivido con unos hombres y tener que defenderse ante otros.» Pero si hemos de aspirar a que la patria no desfallezca y entregue sus intereses vitales a toda suerte de enajenaciones, el deber de los que no tienen espíritu arrebañado es proseguir en el examen de la obra de los gobernantes que han defraudado los principios trascendentales. No importa la alarma que la actitud despierte en el coro sumiso. El ejemplo de las generaciones romanas exigiéndole al gobernante justificación de sus actos de hombre público, debemos ponerlo a vivir en nuestra época. Sólo generaciones con memoria pueden acabar con la superstición del grande hombre. Y hagámonos dignos de una condición humana superior. Los que ya están en un ocaso indiferente, que elogiaron obras engañosas y destaquen personalidades entecas. A las gentes nuevas les está reservada la tarea de acabar con esa mentira perjudicial y estúpida.

Juan del Camino

Cartago y abril del 30.

... De la escuela, del maestro y del material de enseñanza se pueden decir muchas y muy contrarias cosas, y yo no quería hablarlos sino de las ocasionales, de las que entiendo más útiles aquí, y en este caso. Por esto, obligado a fijar el asunto de antemano, lo mismo pude haber escrito: *sobre Pedagogía*, resuelto como estaba a no concretar mi pensamiento hasta el último instante, hasta hallarme en este pueblo, hasta experimentar su impresión, hacer lo posible por sentir sus latidos y dejarme penetrar por su ambiente.

Y ya sé ahora, en efecto, lo que he de decirlos. En esta entusiasta atmósfera de progreso educativo, entre gentes que vienen dando para la enseñanza primaria, con noble elevación, a manos llenas, es en donde conviene, más que en parte alguna, hablar contra los fetichismos pedagógicos. Contra los flamantes y aun los venideros, que son los peligrosos. Dejemos los antiguos, que ellos se caen solos.

Cada profesión tiene, señores, sus fetichismos; y el material de enseñanza constituye el fetiche de primera magnitud para el Cuerpo docente. Casi todos los profesores y maestros nos quejamos de la falta de material y casi ninguno dejamos de achacar a esta falta el éxito dudoso de nuestras tareas. Publicistas, maestros, autoridades escolares, patronatos de fundaciones privadas, piden a una material, esperando ingenuamente de él la inmediata transformación y mejora de la enseñanza, o se aprestan solícitos a gastar en aquél los primeros y más abundantes recursos con que cuentan. Conozco algo de esto por el cargo que ejerzo, y contra tal tendencia quiero decir ahora dos palabras.

Libreme Dios de negar que el material sea necesario; lo que afirmo es, de un lado, que por el momento, en el estado actual de nuestras escuelas, no es la primera necesidad a que debe atenderse; y de otra parte, que, en la mayoría de los casos en que el material se solicita y quiere aplicarse, no es el adecuado, y su empleo resulta, más que inútil, contraproducente.

Es tan firme en mí esta convicción, que teniendo a mi cargo, como sabéis, el Museo Pedagógico Nacional, suelo decir paradójicamente que la misión de este centro debe consistir en *desacreditar* el material de enseñanza.

Esta reinante obsesión del material explícate, no sólo como natural reacción contra la insuperable penuria del mismo que desde su origen vienen padeciendo nuestras anémicas escuelas, sino por otra causa más espiritual, más honda y más difícil de curar, con serlo aquella tanto. Me refiero al concepto *mecanicista*, que predomina en la obra de la educación, como en todo el régimen social imperante.

Fiamos en el inspector, quiero decir, en el espía, en los vergonzosos e indignificantes ventanillos, cuando no en la carencia de puertas, esto es, en un neto



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

De la escuela, del maestro y del material de enseñanza...

Gastad, gastad en los maestros

=Parte de la conferencia *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*, dada en Bilbao con motivo de la Exposición Pedagógica en agosto de 1905. Ediciones de *La Lectura*. Madrid=

régimen carcelario a la antigua, de puras inútiles garantías exteriores, la educación moral de nuestros internados. Y anhelamos poder confiar, para la enseñanza, en el libro, en el aparato, en el instrumento, en la máquina, en vez de confiar en el obrero. Nunca puedo olvidar lo que a un maestro mío oí referir y viene al caso.

Mostraba cierto profesor de una de nuestras Universidades su laboratorio, y mostrábalo orgulloso de la cantidad y riqueza de aparatos, de material de enseñanza que encerraba.

—Es mejor—acabó diciendo—que todo lo que he visto y tiene el Colegio de Francia.

Su interlocutor, entonces, se atrevió a preguntar tímidamente:

—Y ¿qué han hecho ustedes aquí con todo este material? Porque lo que en el Colegio de Francia se hace todo el mundo lo sabe.

Y ¡tanto como se sabía! Harto estaba en él, Berthélot, de colaborador a la historia de la Química; y allí, en sus sótanos, por aquellos días y con cuatro cacharros, como suele decirse, acababa Claudio Bernard de abrir hondo surco en la Biología.

Trasladad esto mismo a nuestra esfera, y comprenderéis que no es lo urgente comprar aparatos para nuestras escuelas, sino poner a todos nuestros maestros en situación de manejarlos, con una educación sobria, pero verdadera, práctica, realista, en vez del ridículo aprendizaje de la Física, de la Química y de las Ciencias Naturales, verbal y de memoria. Si el instrumento se adquiere precipitadamente, quiero decir, sin dar antes al obrero condiciones—y son muchas las que necesita—para poder utilizarlo con fruto, sucederá por necesidad lo que todos sabéis viene ocurriendo. O el instrumento se descompone a la primera ocasión, y arrumbado queda eternamente, como tanta máquina agrícola ha quedado en nuestros eriales sin cultivo, o inmaculado seguirá reluciendo, como mero objeto de adorno, en la vitrina. El material es necesario; pero hay que preparar el terreno para que fructifique, hay que atender al obrero antes que a la máquina, si no queremos que, de las mejores intenciones, del móvil más puro, por falta de oportunidad, puedan engendrarse, como se engendrarán de cierto, el escepticismo y el descrédito.

Y ahora digo más, viniendo a mi segunda afirmación. No es lo que importa que el material sea poco o mucho, pobre o rico, grande o pequeño: lo que interesa es que sea *adecuado* a aquella obra de la educación, *activa*, *forjadora*, en el sentido en que al comenzar os hablaba; y por *adecuado*, en este respecto, entiendo *vivo*; y vivo quiere decir, por lo que hace a la escuela primaria, fabricado en ella, como obra del trabajo común de maestro y discípulos.

Los dos términos del conocer han tenido su característica significación en la metodología pedagógica.

Al objeto han correspondido la intuición, las lecciones de cosas, la preocupación por el material de enseñanza; al sujeto corresponde ahora el esfuerzo y trabajos personales, los métodos activos y *heurísticos*. Al niño, en su educación intelectual, hay que hacerle investigar y descubrir lo ya descubierto, para que más tarde, en su día, investigando por sí, pueda encontrar, con verdadera originalidad, lo que aún no se sabe.

El primer material de enseñanza, el adecuado en todo caso, el que está siempre vivo, el que no se agota jamás, es la realidad misma, que generosamente se nos ofrece. Pero hay que saber buscarla, hay que aprender a verla, y este aprendizaje, ni es corto ni es barato. El material se nos da de balde, pero hay que gastar muchos esfuerzos para llegar a su interpretación legítima y a su utilización metódica. La humanidad ha contemplado la Tierra, los demás astros y sus movimientos durante siglos y siglos, antes de darse cuenta exacta de las verdaderas relaciones que los unen. Luciendo siguen, iluminada continúa la Tierra, gratuito material nos ofrecen para la enseñanza; y, ¿habrá, sin embargo, entre vosotros quien desconozca que son pocos los escogidos que saben utilizar discreta y racionalmente material tan asequible a todo el mundo, para despertar en el niño los problemas de la cosmografía y conducirlo gradualmente al través de las fases porque la humanidad ha pasado en su contemplación del Universo? ¿No veis claramente que no es lo primero el material, sino el espíritu del maestro que ha de vivificarlo, y que el cultivo de ese espíritu, la preparación de tales fuerzas, es lo que está reclamando, antes que nada, todo el ardiente interés, todo el dinero de que podamos disponer a manos llenas?

Y si esto ocurre con el material, que podríamos llamar, además de gratuito, espontáneo, ¿qué no pasará cuando se trata de aparatos o de representaciones gráficas? Toda máquina sólo es viva, en primer término, para el que la concibe. Si lo ha de ser para los demás, necesitase recorrer, abreviadamente, las fases de su proceso constructivo. Y para ello no hay como construirla. Tomemos uno de los aparatos más sencillos y usuales, por ejemplo, el termómetro. Yo

creo que hace falta un termómetro en toda escuela primaria; pero si me preguntáis cuándo hace falta, os diré que no lo adquiráis jamás hasta haberlo construido en la clase.

Y extended esto a todo género de aparatos: al nivel, al teodolito, al telescopio, a la máquina eléctrica. Os invito a que veáis en su instalación los que el Museo Pedagógico expone, hechos por los alumnos japoneses en la Escuela Normal de Tokio, donde no se otorga el título de maestro sin este requisito. No llegaréis con ellos a la absoluta precisión matemática, no resolveréis nebulosas, ni cargaréis acumuladores; pero veréis producirse la descarga eléctrica, acercaréis los objetos a vuestra vista, y levantaréis, con cierta aproximación, el plano y el relieve de un campo. Y, sobre todo, y esto es lo más importante para el niño en la escuela primaria, al construirlos les habrá quitado el misterio, habrá intimado con ellos, penetrando las leyes naturales que demuestran; habrá, no *aprendido*, sino *hecho*, fabricado y adquirido la potencia de seguir fabricando. He aquí uno de los grandes principios restaurados por la educación contemporánea: el aprendizaje por la acción, el *learning by doing* del pueblo americano.

Inútil me parece detenerme a señalar la trascendencia de este proceso para el verdaderamente realista, el sustancioso trabajo manual educativo, frente al ñoño, insustancial y rutinario que empieza a invadirnos. ¿Qué material, por tanto, pediría yo para la escuela primaria? Restos de tablas, alambres, cartón, tubos de vidrio, botellas vacías, tapones de corcho, cajas de lata. ¿Hay nada más barato? No se regocijen, sin embargo, los administradores. Yo no vengo aquí a ponderar el poco precio de la mercancía que ofrezco, ni a ahorrarles dinero, sino a decir cuál es, a mi entender, el modo legítimo y fructuoso de gastarlo. Sí; vivificar, hacer servir esos restos inútiles es infinitamente más caro y más difícil que comprar los mejores instrumentos fabricados; pues, para lograrlo, no sólo hay que gastar siempre, día tras día, en formar al maestro, a fin de que sepa hacerlo, sino que hay que gastar, a la vez, en darle condiciones racionales, desde las económicas hasta las pedagógicas, no ya para que quiera, sino para que pueda buenamente hacerlo. Porque labor tan delicada, si es la única salvadora, no es fácil realizarla en la servidumbre de todos los órdenes en que vive el maestro, ni con ese ab-

surdo régimen mecánico y gregario de nuestras escuelas.

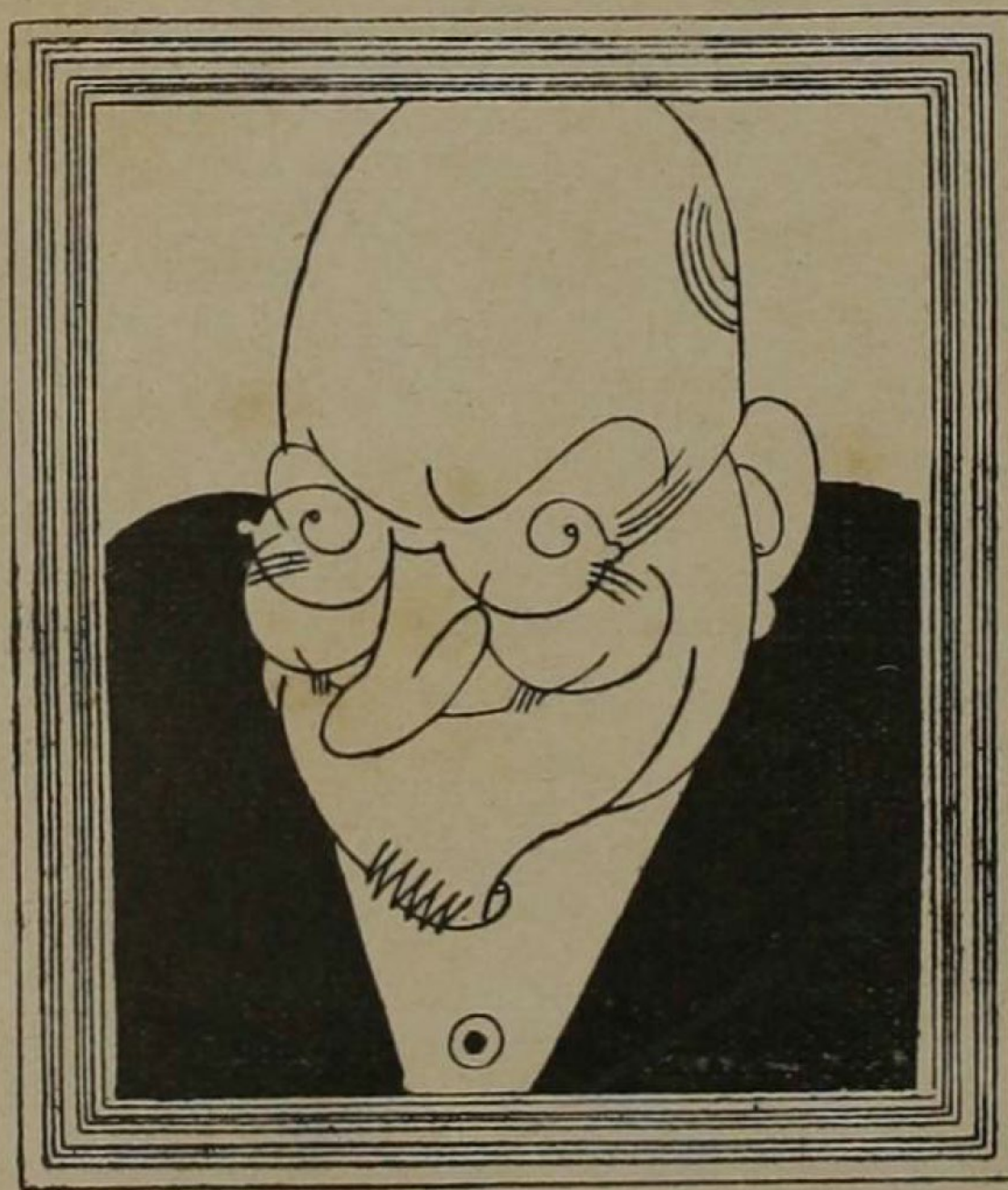
Y por si os pareciese demasiado sutil hablar de aparatos de física en nuestra misérrima enseñanza primaria, acabaré este punto descendiendo a lo que en el uso común se considera como el material más indispensable, después de la tinta y el papel, del tan innecesario como clásico tablero contador y de las, por desgracia, menos bellas que *pintorescas* láminas de Historia Sagrada. Quiero hablar de los mapas. ¿Hay escuela, por mediana que sea, que, cuando no los tiene ya, no aspire a tenerlos? Pues yo pienso, no sólo que son innecesarios, sino grandemente nocivos para comenzar, como se hace, por ellos, la enseñanza de la Geografía. Notad que digo *para la enseñanza*, esto es, para el proceso pedagógico, que trata de despertar en el niño ideas reales sobre la Tierra y sobre la riqueza de su contenido.

Y la razón es obvia. Si tratamos de conocer la Tierra esta que pisamos y en la que vivimos, ¿a qué comenzar mostrando al niño su pretendida imagen, más o menos—siempre menos que más—perfecta, si tenemos la Tierra misma continuamente a nuestra vista? ¿No comprendéis que semejante camino

MISTER Moisés B. Cotsworth ha venido a Buenos Aires con el objetivo de hacer propaganda en favor del nuevo calendario. Es éste un problema que preocupa a la Liga de las Naciones, a cuya comisión especial pertenece el viajero. Trátase de crear el año de trece meses. Esto nos parecería, sin duda, tan sencillo como inútil. Y no es así. Nada más complicado que medir el tiempo. Los filósofos y los astrónomos no afrontan esa clase de reformas o de simplificaciones sin meditar sobre leyes que se relacionan con el curso de los astros o con fenómenos que se vinculan con la investigación de las causas eternas. Ocurre con el tiempo algo análogo a lo que acontece con lo sublime. Sabéis que desde que existe la retórica—y la retórica existe desde que existen los retóricos—no se logra definir lo sublime. «Lo sublime es indefinible», nos dicen con imponente aplomo. Esta convicción no les impide, sin embargo, dividirlo en diferentes categorías, grados y matices. Y lo único que nos consta, en realidad, es que lo sublime queda un poco más allá de lo ridículo. Y bien; no definimos el tiempo pero vivimos dividiéndolo en períodos, que son al fin y al cabo, formas de medida. Nuestros padres primordiales, que cazaban el oso gris y trozaban en la caverna la tibia del oso, contaban el transcurso del tiempo con el recuerdo de de las catástrofes, de las crecientes, de los incendios de los grandes bosques. Los pastores aprendieron a seguir con sus ojos quietos el movimiento de las estrellas, hasta que Moisés descubrió la duplicación del sábado, que, según Einstein, revela más su genio inventivo y su intuición universal que su obra de guía del pueblo enseñante. Como veis, no

Calendario

—De Caras y Caretas. Buenos Aires—



Mr. Cotsworth.

es baladí el propósito de modificar la estructura del año. «El tiempo es la imagen movable de la eternidad», dice Platón. Esto es, representa la infinitud de lo invisible que hemos vivido y que debemos vivir. Si lo que terminó ayer lo clasificamos con la memoria de los hechos que ya no son, lo que comenzará mañana deberemos clasificarlo con más precisión todavía, porque nos falta vivirlo y queremos vivirlo mejor. Para lograrlo, el señor Cotsworth se empeña en darnos una nueva ponderación de los días. Eso será más cómodo para nosotros; nos será más fácil desembrollar nuestras cuentas, arreglar

nuestros programas de acción. Nos ocurrirá lo que al individuo perezoso que adelanta su reloj para levantarse más temprano. Desea engañarse, y lo consigue. Lo único que no conseguirá es engañar la última hora, como nos lo demuestra la anécdota de Bulwer Lytton. Sir Edward Bulwer Lytton tenía una tertulia muy concurrida. Conversaba sobre nobles asuntos con amenidad y con hondura, y gustaba a menudo examinar temas abstractos. Conocía las ciencias misteriosas y creía en los presentimientos. Una vez anunció a sus visitantes que un día determinado y muy próximo moriría a las doce. Su gente se sobrecogió e intentó disuadirlo con buenas razones. Pero se inmutó más aún al ver la serenidad del insigne escritor, el cual, eludiendo discusiones estériles, condujo la plática hacia otros motivos. Entonces los amigos y los miembros de la familia de Bulwer Lytton decidieron engañarlo hábilmente. Atrasaron los relojes de la casa y los de la vecindad, y llegado el día, se congregaron en la sala donde conversaban con el novelista desde hacía largos años. Bulwer Lytton los recibió con la cortesía señorial de siempre. Ningún detalle de su exterior denunciaba inquietud o angustia. Conversó con alegría tranquila, con la bondad afable que fue un rasgo de su espíritu elevado. De pronto, sir Edward Bulwer Lytton se levantó y pidió permiso para retirarse por un instante. Sus amigos se alarmaron al ver que no regresaba. Fueron a su habitación y lo hallaron muerto en su lecho.

Mister Cotsworth, podemos reformar el calendario; nos engañaremos, mas no lograremos engañar a la que gobierna el tiempo con pavorosa exactitud, sin astronomía y sin filosofía,

Alberto Gerchunoff

conduce a esa tremenda perturbación que se produce en el espíritu del alumno, el cual llega a creer—como cada uno, si vuelve atrás la vista, puede comprobar en sí mismo—que la Geografía es el estudio de los mapas, los cuales representan la Tierra, sí, pero una tierra que no sabe él a punto fijo, juzgando por su imagen, lo que sea, ni qué relación tenga con nosotros; cuando lo que importa es hacerle ver, una y mil veces—mil veces digo, porque mil harán falta, aunque pueda parecer extraño, tratándose de cosa, a primera vista, tan sencilla, a los que no tienen costumbre de enseñar a los niños.—hacerles ver, repito, mirando a la Tierra, que aquella de que se habla en la Geografía y la que debemos estudiar es esta misma por donde caminamos todos los días, por donde marcha el tren, por donde corre el río, donde crecen los árboles, donde está su pueblo, la misma que labran sus padres y en donde ellos juegan? Y esto no es mío, no es original, no tiene siquiera el mérito de la novedad; es ya muy viejo. Emilio aprende la Geografía sin mapas. «Buscáis globos, esferas, cartas geográficas. ¡Cuánto embeleco!», dice Rousseau. «¿Por qué no empezáis por mostrarle el objeto mismo?»

Considerad cuánta ha sido la geografía y cuántos los geógrafos que ha habido en el mundo antes de haber mapas, y comprenderéis que si el niño ha de poder *hacer Geografía*, que no consiste en saber la descripción de la Tierra, sino en *poder describirla*, que es cosa muy distinta, tiene que proceder en su comarca, más o menos intensamente, con mayor o menor contenido, que esto es mera cuestión de tacto pedagógico, como procede el geógrafo, el verdadero geógrafo, no el que escribe los libros de texto, sino el que recorre el país, lo estudia, lo describe y levanta su carta. Más Geografía sabe el que solamente sabe orientarse—que al fin orientación es el término primordial para el conocimiento y descripción de la Tierra—que el que, sin saber esto, señala fácilmente en el mapa mares, ríos, montes y ciudades.

Y ahora añadiré que, sin esa previa descripción de la cuenca local en que se vive, somos incapaces de llegar al conocimiento geográfico de las demás regiones que no vemos. ¿No habéis oído referir nunca el asombro que los mujiks de la inmensa estepa rusa experimentan a la vista del Cáucaso? Gracias al estudio que tan espontánea como inconscientemente y a pesar de la escuela, todos realizamos, por el río y los cerros de nuestro pueblo, llegamos a conocer el Nilo y el Himalaya. Y sin el relieve de nuestra comarca, su clima, sus rocas, sus árboles, sus animales, sus paisajes, sus habitantes, sus cultivos, sus pueblos, sus caminos, sus talleres, sus tiendas, sus costumbres, sus autoridades, sus fiestas religiosas, sus diversiones, sus monumentos, sus cantares, sus ferias, sus posadas, sus comidas, sus trajes, su civilización, en suma, nos sería imposible representarnos el resto de la tierra, con la vida y la infinita riqueza que en ella se pro-

duce. Ya véis si hay tarea geográfica que realizar antes de ver los mapas.

Pero éstos, me diréis, son, al fin, imagen y representación para conocer la Tierra que no podemos ver directamente. No; son otra cosa muy distinta. Imágenes son las fotografías de campos y ciudades, de gentes y sus diversas industrias. Inundad las escuelas de estas fotografías; adquirid aparatos de proyecciones luminosas, y habréis hecho el mayor bien posible, por lo que toca al material geográfico en la escuela primaria. Pero el mapa no es imagen; es un signo, tan abstracto y convencional para el niño, como las letras en el alfabeto fonético, y absolutamente cerrado y misterioso, como todo signo, para el que desconoce su correspondencia con lo significado. ¿Qué tienen que ver los puntos y las rayas con los pueblos, los ríos y los montes? ¿Los colores, con las divisiones económicas, políticas y administrativas? Para comprenderlo, no hay más camino que el de hacer el mapa. El primer mapa que debe ver y manejar todo niño es el que él mismo construya, porque es el único que le pone en condiciones de entender los restantes.

No me detendré a explicar cómo esto puede y debe hacerse, partiendo del relieve, que ha de ser el comienzo de la

cartografía para el niño, porque no es este un curso de enseñanza de la Geografía; pero, como véis, para cultivar esta ciencia en la escuela no es lo primero, ni lo más indispensable, adquirir mapas, sino dar abundantes condiciones al maestro para que haga observar, describir y representar la Tierra a sus alumnos.

Permitidme ahora un recuerdo personal para cerrar este punto. Hace años, en uno de mis viajes, tuve la fortuna de tratar en Londres a un ilustre emigrado español, hombre todo corazón, ánimo entusiasta, gran revolucionario. Hablamos de enseñanza, y él, aleccionado por el espectáculo de pueblos más cultos, e impresionado por la riqueza de medios, por la esplendidez de elementos de las Universidades y escuelas en Francia e Inglaterra, creyendo sinceramente que aquél debiera ser el comienzo y no el fin de la obra, y anhelando para su país condiciones análogas, díjome en un ingenuo y generoso arranque, fiel expresión del común y bien intencionado, aunque superficial sentir, en este punto:

—Cuando triunfe y vuelva al Gobierno, yo dedicaré la lista civil del presupuesto a material de enseñanza.

—Más valdrá—hube de contestarle—que lo dedique usted a los maestros.

QUIEN HABLA DE LA **Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:	
CERVEZAS	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
REFRESCOS	
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA. CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

JOHN M. KEITH & Co., Inc. SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Y esto os repito ahora. No gastéis en material de enseñanza mientras no hayáis gastado sin límite en los maestros; que ellos pueden y deben ser la fuente viva de todo material educativo.

Manuel B. Cossío

(Seguirá)

Manuel B. Cossío...

(Viene de la página 232)

ticas, pero dotando a los sentidos de la preparación indispensable para no ceder tampoco a su falacia, su debilidad o su rutina; no corregir a la naturaleza, sino cultivarla, como el labrador su campiña. A esto se dirige, en suma, a través del estudio de sistemas y del conocimiento de doctrinas, el pedagogo para quien el alumno es, no cifra numérica abstracta, sino ser de razón, individuo con alma propia y horizonte suyo.

Una parte crítica de los sistemas en uso; otra parte expositiva y analítica de las tendencias vivas en los países mejor entregados a estudios pedagógicos; otra parte práctica, que surge naturalmente de la experiencia adquirida, como es de ley, porque ser maestro equivale a estar aprendiendo constantemente, y del discípulo en primer lugar: todo esto se halla reflejado en los trozos que forman el libro de Cossío.

Y en él no faltan, por supuesto, los pasajes de sus escritos de arte que se han popularizado más. *El arte en Toledo*, páginas de una cartilla para excursiones que puede considerarse como el modelo más antiguo de un tipo literario indispensable hoy que el turismo ha tomado tal vuelo; algunas consideraciones generales sobre la pintura española, de un tratado que se le encomendó en cierta *Enciclopedia Popular Ilustrada de Ciencias y Artes*, publicada en 1885, y que es la primera exposición del tema hecha con sentido moderno por un escritor español, aun valiosa a pesar de las novedades que el tiempo ha traído a este

género de estudios; varios capítulos sobre el Greco, a quien Cossío dedicó, en 1908, una obra fundamental, de la que han partido los que con posteridad han perfilado, gracias a los documentos de los archivos, la biografía del pintor cretense, y con nuevas aportaciones estéticas la calidad de su arte.

Lo esencial acerca del Greco ya está en Cossío. Aquellos volúmenes de 1908, uno muy grueso de texto y otro de grabados, se cuentan, asimismo, entre las primeras contribuciones serias de pluma española a la biografía artística moderna. Anunciada muchos años antes en una colección inglesa, fué creciendo hasta pasar de las proporciones que aquella colección requería y vino a situarse, independiente, en la literatura del tiempo, cuando ya el gusto formado por otra sensibilidad lo reclamaba y exigía. El autor de ese libro era uno de los primeros hombres que, con una formación adecuada y un espíritu amplio, había «sabido ver» en el Greco, a quien todos tachaban de extravagante, no sólo uno de los pintores esenciales del alma española, sino «un pintor».

Esta personalidad de Cossío como estético e historiador del arte es el rasgo que principalmente le distingue en su obra educativa, como cooperador y continuador de Giner de los Ríos, a quien tampoco, según todos saben, le fueron ajenos los temas en que Cossío ha dejado tan honda huella. Muy a menudo salta en las páginas de Cossío el nombre de Giner, siempre acompañado de una palabra: maestro; la misma palabra que hoy ponen junto a su nombre los discípulos que recogen unas páginas salidas de su pluma, a través de una larga vida, consagrada al «saber ver», en los paisajes, en las obras artísticas y en los espíritus. Una vida pura, de maestro.

Enrique Díez-Canedo

Madrid, octubre de 1929.

Con motivo de la jubilación

(Viene de la página 232).

todo un maestro. Pocas páginas más inspiradas y más henchidas de arte pedagógico habrá que las destinadas a dar cuenta de la primera colonia escolar del Museo Pedagógico y de España (1887). «También —dice— en la colonia jugamos los maestros con los niños; y no contribuyó poco, ciertamente, esta intervención directa a suavizar pronto sus maneras y a dulcificar voces y expresiones, que sólo en el juego aparecen y es donde hay ocasión de corregirlas; no en la escuela. Al principio nos vieron tomar parte en los juegos con cierta sorpresa, luego, con agrado; por último, con verdadero entusiasmo, desde que advirtieron que en nada coartábamos su libertad y entusiasmo...» Quien haya visto al Sr. Cossío en una excursión no olvidará nunca hasta qué punto ha llegado su maestría.

Pero el Sr. Cossío no aparece en el libro sólo como un pedagogo y un maestro, sino también como un reformador—el más eficaz y el menos ostentoso de nuestra enseñanza. Sus informes y consejos desde el Museo Pedagógico durante los cuarenta años de su gestión, a través de todas las situaciones políticas, han sido los que han aportado gran parte de lo que hay de bueno en nuestra educación pública. Sus últimas actuaciones en el campo de ésta han sido desde el Consejo de Instrucción Pública donde, si no logró ver realizadas todas sus ideas, dejó al menos trazado un camino para el porvenir. Sus dictámenes sobre las reformas en la primera y segunda enseñanza (1922-1924) son ejemplares

y debieran ser reproducidos íntegramente. Véase, por ejemplo, lo que dice sobre la inspección de la enseñanza: «Así, pues, urge ante todo proveer intensamente a la preparación de los maestros y a la constante acción tutelar sobre los mismos. El país necesita ver que se crean al año cien inspectores primarios, hasta conseguir que haya uno por cada 25 escuelas, si éstas han de ser visitadas, no por fórmulas o meros propósitos inquisitivos, sino con ideales pedagógicos y con eficiencia educadora. Pero necesita ver, además, que se crea, a la vez, y gradualmente, un cuerpo numeroso de inspectores generales con carácter puramente técnico desde el primero al último, sin mezcla alguna política, para que intensifiquen y tutelen constantemente la acción pedagógica y moral de los primarios...»

Al Sr. Cossío pedagogo, educador, reformador, hay que añadir su actividad como crítico de arte que aparece también representada en la obra, pero que a nosotros no nos afecta tanto, aunque hay en ella capítulos como el de las excursiones y el arte popular que debieran ser conocidos por todos los maestros.

La obra, en suma—aunque hubiéramos preferido se hubiese compuesto de un modo cronológico—, constituye no sólo una selección esmerada de las ideas del Sr. Cossío, sino que es a la vez un verdadero tratado de educación, sin los dogmatismos y artificios de los manuales al uso. Su lectura y meditación será el mejor homenaje que pueda hacerse al Sr. Cossío.

L. Luzuriaga

(De *Revista de Pedagogía*, Madrid).

INDICE

Legenda aut adquirenda



Novelas y cuentos famosos

W. M. Thackeray: <i>El viudo Lovel</i>	1-25
W. M. Thackeray: <i>Compañeros del hombre</i>	1-25
Veléz de Guevara: <i>El Diablo Cojuelo</i>	0-50
Giovanni Verga: <i>La vida en los campos</i>	0-75
Giovanni Verga: <i>Los malasangre</i>	2-00
A. de Vigny: <i>Dafnis</i>	0-75
Giovanni Verga: <i>El marido de Elena</i>	0-75
A. de Vigny: <i>Stello</i>	1-25
Teixeira de Queiros: <i>Cuentos</i>	0-75

Otras ediciones

Julio Senador: <i>Al servicio de la plebe</i>	3-50
Luis de Sosa: <i>Martinez de la Rosa. Político y Novelista</i>	3-50
Margarita Comas: <i>Las escuelas nuevas inglesas</i>	1-50
Clotilde Guillén de Rezzano: <i>Los centros de interés en la escuela</i>	3-00
Lidia Sefulina: <i>Virineya. Novela</i>	3-25
Waldo Frank: <i>Redescubrimiento de América</i>	6-50
Conde de Rodezno: <i>Carlos VII</i>	3-50
John Reed: <i>Diez días que estremecieron al mundo</i>	3-50
David Katz: <i>El mundo de las sensaciones táctiles (Con once láminas)</i>	8-50

Diríjase al Adr. del Rep. Am.

Tablero

Como aún faltan \$ 1,400 para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos reuniéndolas.

Vienen.....	\$ 412.00
Manuel Angel Soto (Alajuela).....	2.00
José Vasconcelos (Valor de 10 tomos del <i>Tratado de Metafísica</i>).....	80.00
XX (Valor de un ejemplar de la <i>Oda a Costa Rica</i> , de Magón, y otro de <i>Cuentos del amor y de la muerte</i> , de Froylán Turcios).....	7.00
	\$ 501.00

A propósito de Omar, y desde San Juan de Puerto Rico (13 marzo de 1930):

Me es grato acusar recibo de las tres publicaciones que usted tuvo la gentileza de enviarme recientemente: *Voluntad y Redención* de Julieta Puente; *El Canal de Nicaragua* de Vicente Sáenz y las excelentes *Meditaciones I* de Omar Dengo. En la próxima edición de *Índice*, me ocuparé de ellas. La nobilísima figura de Omar Dengo cobra en estas *Meditaciones*—de elevado concepto y sencilla realización—perfiles que desconocía. Es menester vulgarizar su obra por toda América.—V. Geigel Polanco.